

BORDES, AGOSTO-OCTUBRE DE 2023
AÑO 8 NÚMERO 30, ISSN 2524-9290

bordes

Revista de Política, Derecho y Sociedad



| DERECHAS | NEOLIBERALISMO | ANTIFEMINISMO |
| ELECCIONES | FONDOS BUITRE |

© 2023, Universidad Nacional de José C. Paz. Leandro N. Alem 4731

José C. Paz, Pcia. de Buenos Aires

© 2023, EDUNPAZ, Editorial Universitaria



Rector: **Darío Exequiel Kusinsky**

Vicerrectora: **Silvia Storino**

Secretaria General: **María Soledad Cadierno**

Directora General de Gestión de la Información y

Sistema de Bibliotecas: **Bárbara Poey Sowerby**

Jefa de Departamento Editorial: **Blanca Soledad Fernández**

División Diseño Gráfico Editorial: **Jorge Otermin**

Maquetación integral: **Mariana Aurora Zárate**

Coordinación Editorial: **Paula Belén D'Amico**

staff

Revista Bordes

Agosto-Octubre de 2023, Año 8, Número 30, ISSN 2524-9290

<http://revistabordes.com.ar>

Directores: **Mauro Benente y Diego Conno**

Consejo Editorial: **Romina Smiraglia, Dolores Amat,**

Bárbara Ohanian y Mariana Percovich

Publicación electrónica - distribución gratuita

Portal EDUNPAZ <https://edunpaz.unpaz.edu.ar/>



Licencia Creative Commons - Atribución - No Comercial (by-nc). Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga con fines comerciales. Tampoco se puede utilizar la obra original con fines comerciales. Esta licencia no es una licencia libre. Algunos derechos reservados: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

Las opiniones expresadas en los artículos firmados son de los autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de esta publicación ni de la Universidad Nacional de José C. Paz.

¿QUIÉNES SOMOS?

Bordes es una revista digital de la **Universidad Nacional de José C. Paz**, que pretende generar un espacio de reflexión crítica sobre temas de derecho, política y sociedad. Estos temas no se encuentran separados o aislados los unos de los otros, cuanto mucho los divide un borde, que les da forma, pero que a su vez puede ser forzado a establecer otras.

Llamamos a esta revista bordes, porque buscamos un pensamiento experimental en ese terreno intermedio que se ubica entre espacios nunca consolidados y en disputa. Buscamos formas intersticiales del lenguaje, que habiliten a explorar los bordes entre las disciplinas y los oficios, entre las miradas coyunturales y las reflexiones académicas.

Los bordes son figuras espaciales, que permiten pensar las líneas o umbrales que separan, pero que también unen aquello que se encuentra en los márgenes o desplazado del centro, y que al mismo tiempo reclama un lugar propio de constitución. Bordes entre pensamiento y acción o entre teoría y praxis, entre individual y colectivo, entre lo propio y lo común; bordes que conectan con otros bordes, bordes que constituyen identidades y dislocan otras. Los bordes son siempre figuras móviles y contingentes, cambiantes e inestables, reversibles.

Así, los bordes son los contornos que trazan una imagen, un perfil, un objeto. Y asumir la idea del borde como forma de la reflexión crítica es un modo de empujar al pensamiento so-

bre sí mismo, para expandir los límites de lo decible y lo pensable, para diseñar los contornos de una nueva figura.

Sabemos que el borde expone también un abismo, un límite que no puede pasarse sin caer ciegamente en lo desconocido: todo pensamiento, toda práctica y todo acto se encuentra con esa frontera, que invita a la osadía, pero también a la prudencia y a la responsabilidad.

No queremos decir con esto que escribimos en o desde los bordes. En todo caso, nuestra apuesta ético-política consiste en abrir un lugar de enunciación otro, que circule en torno a las diversas configuraciones de lo social, que se mueva entre las tramas por donde transitan los hilos del poder. Nos proponemos así, imaginar nuevas formaciones político-sociales, formas más justas, libres e igualitarias de componer la vida en común.

Finalmente, postulamos cierta afinidad electiva entre pensamiento y democracia. Una afinidad entre un pensar colectivo y común, que excede los modos habituales, los estilos, los usos, los lenguajes más transitados y una práctica política que se anima a imaginar otras formas de vida posible.

ÍNDICE

¿El malestar es nuestra normalidad?

Emiliano Exposto (CONICET/UBA)

4 de agosto de 2023

9

**El avance de la ultraderecha y la democracia
en alerta. Pragmatismo, redención y sacrificio**

Mauro Benente (UNPAZ/UBA)

14 de agosto de 2023

23

**Milei y la batalla por las ideas. O cómo el
liberalismo ganó la imaginación política**

Pablo Martín Méndez (UNLA/CONICET)

15 de agosto de 2023

29

El misterio del Ministerio de Capital Humano

Iván Gabriel Dalmau (CONICET/UBA)

22 de agosto de 2023

35

“Contra la degeneración de la cárcel”. Reseña de <i>La prisión en el siglo XXI</i> de Ramiro Gual (comp.) <i>Facundo Ceballos (FD/UBA)</i>	43
25 de agosto de 2023	
<i>Mileinials: una nueva racionalidad</i> <i>Agustín Valle (FLACSO/UNaHur/UNPAZ)</i>	53
28 de agosto de 2023	
La persistente hacienda. Chile y la imaginación política <i>Mauricio Amar (Universidad de Chile)</i>	59
11 de septiembre de 2023	
El abandono de la cultura escrita <i>Fernando Peirone (UNPAZ/UNSAM/UNC)</i>	65
14 de septiembre de 2023	
“A los fondos buitres les interesa el país que propone Milei” <i>Entrevista a Fernanda Ruiz Mariana Percovich (UBA/UNPAZ) y Diego Conno (UBA/ UNPAZ/UNAJ)</i>	73
26 de septiembre de 2023	
“Existió un hilo de discusiones que acompañó toda la década montonera y que se remonta a sus orígenes” <i>Entrevista a Daniela Slipak por Dolores Amat (IDAES/UNPAZ)</i>	85
4 de octubre de 2023	
Milei y un mundo de nuevas experiencias <i>Javier Burdman (UTDT/UNSAM/CONICET)</i>	93
11 de octubre de 2023	
¿Libertarismo como <i>backlash</i> antifeminista? <i>Daniela Losiggio (UBA/UNAJ/CONICET)</i>	97
17 de octubre de 2023	

El neoliberalismo y nosotros (solo la filosofía materialista puede salvarnos)

Roque Farrán (CONICET/UNC)

18 de octubre de 2023

105

Hoy la noticia no es el dólar

Cecilia Abdo Ferez (UBA/UNA/CONICET)

23 de octubre de 2023

109



¿El malestar es nuestra normalidad?

EMILIANO EXPOSTO (CONICET/UBA)
4 DE AGOSTO DE 2023

1

Agarraste el celular para chequear los mails. Ya estás ansioso. Entredormido, respondés una invitación a una conferencia que todavía no tiene título. En Once las bocinas comienzan a aturdirte. Soñaste con la tesis: te sentías tan angustiado como desinteresado. ¿Qué sentido tiene escribir trescientas páginas que nadie leerá y que vos tampoco lo harías? Con los ojos entreabiertos abrís Instagram: noticias sobre política, memes de gatitos depresivos, la actividad de X (que te da envidia), la piba que te gusta. Entra luz por la ventana. La cerrás. La resaca se hace notar. Recordás la charla con unos amigos investigadores: “No tengo tiempo”, “estoy quemado”, “no llego”, “este año me quedo sin beca”, “el estipendio no me

alcanza”, “me dieron de baja de la obra social”. Mandás un audio al grupo de wasap y te reís solo. Bostezás. Con la vista nublada, abrís la agenda y tenés un montón de tareas irresueltas. De acá a un mes tus semanas están saturadas. Deadlines, trámites, una ponencia, fichar textos, cafés con desconocidos y el cumpleaños de una amiga. Todo parece ser lo mismo: el taller con un sindicato, los seminarios universitarios, las presentaciones de libros, las reuniones de cátedra y las charlas con amigos. Todo parece envuelto en una catarata continua de información, palabras repetitivas y gestos precodificados. Todavía seguís en la cama. Trabajás desde tu casa. Tu espacio laboral es tu espacio vital. Cogés en el mismo lugar que escribís. Tu tiempo de vida y de ocio se confunden. Ya no sabés cuál es la diferencia entre trabajar, pensar y hacer política. Sos una cadena psíquica de montaje. Abrís Facebook. Aburrimiento. Hace frío y no tenés estufa. A la noche das clases en la facultad y no preparaste nada. Te da igual. Decís siempre lo mismo en todos lados. Cuando vivir y trabajar son la misma cosa, es difícil no ponerse cínico y oportunista. Te duelen los dientes de tanto bruxismo. Pensás que deberías ir al dentista y hacer deporte. También pensás que hace años que pensás eso y nunca lo hacés. Ponés la pava. Te lavás los dientes. Meás. Anoche atravesaste el insomnio mirando Youtube: videos de Riquelme y una conferencia sobre Mariátegui. También leíste tres hojas de ese libro nuevo que compraste y que al salir de la librería ya sabías que no leerías (como la mayoría de los libros que están en tu biblioteca). Estás harto de tu vida textualizada, pero te prendés un pucho y abrís otro mail. Es de tu directora. Te sorprende la sequedad de su respuesta, aunque sabés que está igual de pasada que vos. Dispersión: las redes sociales devoraron tu capacidad de atención y empatía. Son las 11 de la mañana y todavía estás en veremos. Por momentos te sentís un privilegiado con dolor de espalda. Deberías tomarte una pastillita y arrancar el día. Recordás a tu viejo diciéndote que “trabajás de lo que te gusta, que vos elegiste el trabajo de investigación y la docencia”. Estás colapsado. Oscilas entre la manía y el bajón. Tu estado anímico pende de un hilo, como tu futuro, como tu sueldo, como tu alquiler, como tu salud mental.

2

La hipótesis de este texto podría ser resumida de la siguiente manera: si la explotación actúa como un determinante estructural que agrava los sufrimientos afectivos y al mis-

mo tiempo la explotación es endémica al capitalismo, el abordaje de la crisis pública de salud mental implica una *política anticapitalista*. Con “salud mental” no nos referimos a un estado de bienestar individual o una cuestión psicológica, psiquiátrica y médica. La salud mental es el nombre de un *movimiento social*: se trata de un problema político, tan íntimo como colectivo.

¿Qué dice nuestra salud mental del mundo del trabajo cognitivo? ¿Cuáles son los malestares en la academia? ¿Cómo politizar los síntomas en el ámbito de la ciencia, la tecnología y la universidad? Estas preguntas podrían prolongarse en dos afirmaciones de “Bifo” Berardi: a) “Los trabajadores cognitivos precarizados son forzados a pensar en términos de competencia”; b) “La auto-organización del trabajo cognitivo es la única vía para ir más allá del presente psicopático”.¹

En primer lugar, interesan esas frases de Berardi porque trazan un diagnóstico crítico de la explotación y la mercantilización del “trabajo de conocimiento” sometido a las compulsiones abstractas del capital. Los *imperativos* de competencia, productividad y visibilidad operan de espaldas a nuestra voluntad y conciencia, generando malestares en nuestras mentes y cuerpos. Se trata de *automatismos* psicosociales que reproducimos contra nuestros intereses y a los cuales tenemos que amoldarnos para participar de la realidad capitalista. Si bien estos mandatos atraviesan a todos los individuos, independientemente de la clase a la cual pertenezcan, afectan de modo diferencial a los cuerpos y mentes según sus composiciones de clase, género, edad, racialización, etc. Hay una *vulnerabilidad anímica estructural* dada la distribución desigual del sufrimiento.

¿El malestar es nuestra normalidad? ¿Es efecto de soportar formas de vida que enferman? Los malestares en el trabajo son *malestares de clase*. Se vivencian de forma desigual y diferencial, ya que hablamos de una clase sexualizada y racializada, cuya composición es heterogénea y fragmentaria debido a sus múltiples figuras de lucha y trabajo. Si bien las vidas proletarias enfermamos por la *sobreadaptación* a los imperativos y las formas de vidas capitalistas imposibles de satisfacer, los síntomas evidencian que hay algo en nosotros que se resiste a *encajar* en los automatismos de éxito, productividad y rendimiento. La

1 Berardi, F. (2020). Subjetivación cognitaria. En M. Reis, *Neo-operaismo* (pp. 83-94). Buenos Aires: Caja Negra.

relación social capitalista es una relación contradictoria entre *subjetividades antagónicas*: la subjetividad del trabajo vivo es irreductible a las categorías lógicas del capital.

En segundo lugar, Berardi alienta a forjar nuevas herramientas de *investigación militante y acción colectiva* para enfrentar el impacto psíquico, neuronal y emocional de las dinámicas sistémicas que se elaboran en el malestar de la subjetividad cognitaria. La lógica fetichista del valor es un proceso ciego indiferente al sufrimiento que genera en los trabajadores cognitivos precarios. La propiedad privada, la desposesión y la extracción de plus-valor son inherentes a las dinámicas impersonales del capitalismo. Nuestras vidas están sometidas a la eficacia sintomática de las *categorías del capital* (valor, mercancía, dinero, trabajo), en tanto las mismas mediatizan y constriñen la experiencia provocando malestares. Se nos explota el entusiasmo y el intelecto, tensando el cuerpo hasta el colapso y el agotamiento, el desborde y la demolición física, en un proceso de trabajo social que combina placer y malestar, soledad y cooperaciones en red.

Debemos luchar contra el capital y contra nosotros mismos como subjetividad capitalista. La eficacia de la (auto) investigación y la transformación de uno mismo solo es posible sobre la base de la investigación social y la transformación colectiva. El malestar es una *palabra clave* para investigar las desobediencias contra la vida capitalista y abordar la pregunta crucial de Ann Cvetkovich: ¿Cómo se siente el capitalismo?² La teoría crítica de la sociedad puede construir determinados *puntos de vistas* sobre el mundo a partir de los sentimientos públicos de depresión, ansiedad, ataques de pánico, soledad o “déficit” de atención. Estas emociones ambiguas pueden ser motores de la agencia y la resistencia. Se trata de categorías críticas y prácticas sociales: materiales ambivalentes y frágiles que pueden habilitar perspectivas teóricas y políticas.

La psicologización y la patologización, al contrario, individualizan los recursos anímicos y económicos para afrontar la *crisis de la reproducción psicosocial*, dejando en la responsabilidad personal los medios terapéuticos o farmacológicos para tratar un malestar que es tan íntimo como colectivo. Se culpabiliza y estigmatiza a los individuos, dejando incuestionadas las causas sistémicas que sobre-determinan el padecimiento. Y si bien es

2 Cvetkovich, A. (2012). *Depression. A Public Feeling*. Durham: Duke University Press.

evidente que no solo sufrimos de capitalismo, este texto explora las condiciones *estructurales y compartidas* que hacen del capital un sistema de subjetivación que daña nuestra salud mental.

3

“Síndrome de Karoshi” es un término proveniente de Japón que hace referencia a la muerte de millones de personas cada año por “exceso de trabajo”. Suicidios, paros cardíacos, muertes súbitas, intoxicaciones, fatiga, sobrecarga, estrés crónico. Estos malestares configuran una zona de investigación dado que en los mismos se elaboran fuerzas del mundo y saberes de la experiencia vivida. En los síntomas se procesan “estructuras de sentimientos” (William) o “sentimientos estructurales” (Ahmed). En su análisis sentimental del mundo del trabajo, Mark Fisher escribe: uno empieza a trabajar desde que se despierta y tiene que hacerlo hasta que se duerme; o peor aún, lo sigue haciendo incluso dormido.³

¿Qué significa que el malestar es un problema político estructural y no solamente un “trastorno” individual? “Los investigadores predoctorales tienen una probabilidad seis veces mayor de sufrir depresión en comparación con la población general. También se han identificado la incertidumbre, el estrés económico, la erosión de las redes de apoyo social y el agotamiento como factores desencadenantes de mala salud mental tanto entre el profesorado como entre estudiantes, los cuales declaran tener episodios de depresión, estrés, ansiedad e ideación suicida”. Esas son las afirmaciones alarmantes del informe de Precariedad Laboral y Salud Mental del Estado Español en el 2022.⁴ En Argentina, no se registran estudios epidemiológicos específicos sobre la salud mental en ciencia y tecnología. En el informe “Organización del trabajo y problemas de salud mental en estudiantes de doctorado” (2017) se encuestaron a 3.659 estudiantes de doctorado belgas.⁵ El 51% manifestó tener al menos dos problemas de salud mental como depresión o ansiedad, el 40% tres o más, y el 32% al menos cuatro. Un estudio de 2019 en China afirma que el

3 Fisher, M. (2020). *K-punk. Vol. 2*. Buenos Aires: Caja Negra.

4 Cf. <https://www.lamoncloa.gob.es/serviciosdeprensa/notasprensa/trabajo14/Documents/2023/170323-informe-salud-mental.pdf>

5 Recuperado de <https://www.news-courier.com/immunology/articles/we-are-far-from-where-we-want-to-be-an-exploration-into-mental-health-in-academia-331273>

41.2% de los doctorandos demostraron síntomas de depresión leve, el 23.7% síntomas de ansiedad leve-moderada y el 20% moderada-severa. En el mismo año, la revista *Naturaleza* realizó una encuesta anual para investigadores de doctorado del norte global. La encuesta tuvo más de 6,000 encuestados: el 36% de los participantes asistieron a una consulta psicológica, a un tratamiento psiquiátrico u otras terapias. La revista encontró que el 27% dedica entre 41 y 50 horas a sus estudios de doctorado por semana y que el 25% dedica de 51 a 60 horas.

El malestar del trabajador cognitivo no es solo una consecuencia de la crisis económica, ecológica y social. Se trata de una *crisis anímica* irreductible a una cuestión sanitaria y a los saberes disciplinares de la medicina o la psicología. Si entre los *determinantes sociales* del malestar podemos ubicar los ritmos insoportables de hiperactividad y competencia, la disolución del horizonte de futuros y las condiciones flexibles de trabajo precario, se torna necesaria una disputa por la producción de subjetividad a lo largo y a lo ancho de la vida social. Cuando el neoliberalismo convierte la salud en una mercancía y privatiza las prácticas de cuidado, las luchas en el ámbito de la sensibilidad, el deseo y la imaginación se tornan primordiales en el terreno de la reproducción de la vida. La transformación subjetiva solo es posible al interior de las luchas: no hay *micro-política del deseo* eficaz sino es en inmanencia a las *macro-políticas de interés*.

La creación de otras formas de vida es el reverso sensible de la lucha de clases. En la actualidad la *crítica de la economía política del capital* es asimismo *crítica de la economía política del sufrimiento*. Existe una masa creciente de obreros cognitivos estallados, fundidos y agotados. No hablamos de una minoría de enloquecidos por la academia, ni de unos pocos marginales enojados y desmotivados. Hoy el capital necesita energías neuronales y biopsíquicas: pone a trabajar nuestra capacidad de comunicación, nuestras facultades afectivas, relacionales e imaginativas. Y son estas materias las que se están destruyendo. Son estas potencialidades de la subjetividad las que son explotadas y mercantilizadas, pero también capturadas en formatos estereotipados y serializados de producción cultural que generan impotencia, desinterés y apatía.

La inflación psiquiátrica de diagnósticos de “trastorno mental” y la psicologización de las contradicciones sociales y conflictos materiales, tienden a transformar los problemas

sociales (la explotación, la precariedad y la desigualdad) en un problema individual. Los problemas materiales devienen problemas espirituales. De este modo, el *trabajo quemador* se convierte en el “síndrome” del *trabajador quemado*. La lucha contra la organización capitalista del trabajo pierde terreno ante el individuo que trabaja sobre sí mismo y sus estados de ánimo. La dimensión colectiva de todo cuidado de sí y del otro cede en su carácter político. El fetichismo de la mercancía, correlativo a la forma-sujeto capitalista, tiene por lo tanto un efecto ideológico-libidinal: sustrae la causa sistémica de los padecimientos, introyectando en los individuos las causas subjetivas del dolor, ubicando el motor del daño en el cerebro o en los traumas de la infancia; y, al mismo tiempo, invisibiliza las relaciones sociales productoras de sufrimiento.

El malestar es la dimensión *subjetiva* de un problema *objetivo y material*. No responde solo a las condiciones precarias, la incertidumbre ante el ajuste estatal en el sector científico, el chantaje privado de las empresas de educación, la vulnerabilidad de las condiciones materiales de vida como los precios del alquiler, el endeudamiento y la inflación. Se trata de un malestar subjetivo y objetivo, *íntimo y estructural*, personal e impersonal, que encuentra una determinación fundamental en la explotación capitalista y la captura estatal de las facultades emocionales, biológicas, lingüísticas y mentales de la subjetividad.

El cognitariado es “precarizado”; pero, ante todo, *el cognitariado es proletariado*. Por eso solo su *organización de clase* podría articular malestares distintos y desiguales, mediante una solidaridad colectiva que vaya más allá del tratamiento individual (narcótico o terapéutico) de los problemas estructurales. Parafraseando a Fisher, es urgente desprivatizar la individualización del malestar en el trabajo cognitivo y reconocer que la salud mental es un problema estratégico en la *agenda política anticapitalista*. Necesitamos investigar los procesos afectivos y químicos en los que se procesa la chispa anímica de la bronca, el repudio, el descontento, la molestia o la insatisfacción frente a estructuras injustas, los cuales pueden devenir organización y acción colectiva.

Cuando el malestar se individualiza, el problema político de la explotación se disuelve en un tema psicológico, de gestión emocional o desequilibrios químicos. Se confunden las variables cerebrales y afectivos del sufrimiento con las causas múltiples que sobre-determinan la “epidemia de salud mental”. La crítica teórica y la lucha política

contra un problema social se reducen entonces al tratamiento narcótico o terapéutico de un tema individual. Y con ello, el malestar en el trabajo se des-sindicaliza, siendo apropiado por el sistema sanitario y sus especialistas.

Se multiplican los fenómenos sociales de “renuncia silenciosa”: trabajadores con licencia psiquiátrica, que hacen lo menos posible, se queman y abandonan. Pero la discusión aquí no es si un trabajador individual decide tomar fármacos o si tiene las posibilidades materiales de asistir a una terapia para intentar vivir una vida más vivible. No se trata de trazar una oposición simple entre terapia y política, ni de moralizar los fármacos. La raíz del problema es la lucha política y social de los trabajadores cognitivos contra un sistema que deteriora la salud.

4

La crisis anímica del trabajo cognitivo se produce en una determinada etapa histórica. La pandemia del COVID-19 profundizó una *crisis de la salud mental* que la antecede, la cual desenmascaró el vaciamiento neoliberal de las políticas públicas de salud, el avance de la industria farmacéutica, la explosión de terapias alternativas y la precariedad del sistema sanitario. Estallaron los síntomas de ansiedad, bruxismo, insomnio y pánico. Estos malestares son respuestas ante injusticias sociales. No se trata de estados psicológicos o patologías clínicas. El estrés, la anorexia o las ideaciones suicidas constituyen categorías críticas, irreductibles a diagnósticos psiquiátricos o identidades culturales. Hablamos de puntos de vista sobre el mundo. Fuerzas ambivalentes de inconformidad, repudio, incomodidad, insatisfacción o desacuerdo con el estado de cosas. El desafío es reapropiarnos de estas fuerzas en una lucha de *rechazo del trabajo*.

En la historia de la clase trabajadora, las reivindicaciones en materia de salud han estado presentes en las luchas obreras desde el siglo pasado. La insalubridad de la organización capitalista del trabajo y sus efectos devastadores, el cansancio, el tedio y el deterioro de las vidas proletarias, constituyen uno de los grandes problemas de la lucha de clases. Porque la salud obrera es la encarnación subjetiva de la explotación capitalista. En el capítulo sobre la jornada laboral en *El capital*, Marx aborda la condición sanitaria de la clase como un eje principal de su análisis crítico de la explotación. El cuerpo, la subjeti-

vidad del trabajo vivo, aparece allí como un *límite material y subjetivo* ante las dinámicas abstractas y violentas de la acumulación de capital. Si el cuerpo es un límite a la explotación, es porque algo en nosotros se resiste a encajar en los mecanismos ciegos del valor y sus automatismos económicos y biopsíquicos.

En 1986 la Organización Internacional del Trabajo (OIT) define la noción de Riesgos Psicosociales en el Trabajo. En 2010, incluye por primera vez los “trastornos mentales y del comportamiento”. Y en 2020 afirma su “alarmante crecimiento”. Para 2030 se conjetura que la depresión y la ansiedad (que aumentaron en 30% durante la pandemia) serán las principales causas de “discapacidad social”. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), la depresión y la ansiedad causan una pérdida de 12.000 millones de días de trabajo cada año, con pérdidas de un billón de dólares a la economía mundial.

El llamado “Modelo Obrero Italiano”, formalizado por Asa Cristina Laurell, es un antecedente crucial para investigar la salud mental obrera.⁶ Desarrollado a la luz de los ciclos de lucha de los sesenta y setenta, muestra que la lucha por la salud puede ser un motor de organización autónoma y subjetivación antagonista de la clase contra la explotación. De hecho, el internacionalismo proletario tuvo como una de sus banderas la lucha por las 8 horas de trabajo, peleando por la liberación del tiempo de vida contra el tiempo de explotación. La extensión cuantitativa y la intensidad de la explotación configuran un beneficio para la ganancia capitalista inversamente proporcional al bienestar proletario. Si bien muchas cosas han cambiado desde entonces en la organización capitalista del trabajo (entre ellas, la creciente disolución de las barreras tradicionales entre vida y trabajo, entre producción y reproducción, entre intercambio y consumo, etc.); hoy la crisis de la salud mental es el reverso de la crisis histórica del trabajo.

Sobre fondo de una “crisis multidimensional del capitalismo” (Fraser), la crisis de la salud mental constituye tanto un problema *material y objetivo* como también un problema *sensible y subjetivo*. Por un lado, es una crisis en la organización capitalista de la reproducción social (vivienda, alimentación, educación, etc.), en los cuidados y en los sistemas sanitarios de atención. Y, por el otro, es una *crisis en la producción de subjetividad*. Una crisis de la forma-sujeto capitalista y sus mandatos de género y clase constitutivos. En

6 Laurell, A. C. (1984). Ciencia y experiencia obrera: la lucha por la salud en Italia. *Cuadernos Políticos* (41), 63-83.

efecto, el programa capitalista de subsumir la vida a los mandatos neoliberales de felicidad, competitividad, éxito, rendimiento y productivismo, hace síntoma en cuerpos rotos. Agobiados. Hartos. La contradicción entre capital-trabajo, entre capital-vida, admite en consecuencia una forma situada y concreta: *la contradicción entre capital y salud colectiva*.

El capital no puede subsumir la subjetividad del trabajo a las formas de la empresa, el deudor o el consumidor. La subsunción a las categorías del valor, el dinero y la mercancía no es total. Hay restos y excesos. El cuerpo, la subjetividad del trabajo vivo, se resiste a cuajar. Existe un *antagonismo irreductible* entre el capital y la subjetividad incorporada del trabajo vivo. Ahora bien, el realismo capitalista es también un *realismo narcótico, manicomial y terapéutico*. Se trata de una ideología psicologicista y psiquiatrizante funcional al capital, puesto que busca anestesiarse y neutralizar todo aquello que en nosotros se resiste a encajar. No hablamos aquí de la decisión individual de consumir fármacos o terapias, sino de la función ambivalente de los dispositivos de subjetivación. Estas tecnologías productoras de subjetividad no son malas ni buenas, pero tampoco neutrales.

El *psicopoder del capital* nos dice que no hay alternativas a la solución individual de los problemas colectivos. Esto supone que los problemas sociales son psiquiatrizados, reduciendo a diagnósticos médicos y etiquetas psicológicas las pasiones tristes, las emociones amargas y los sentimientos negativos de la vida social. Y esto confirma asimismo el axioma incuestionado de la época: “como no podemos transformar el mundo, nos transformamos a nosotros mismos”. ¿De la “izquierda sin sujeto” impugnada por León Rozitchner en los sesenta pasamos a un sujeto sin objetividad y sin historia? El abordaje individual del sufrimiento es una condición necesaria e insuficiente para crear una vida más vivible, ya que es insoslayable revertir las *condiciones sistémicas y materiales* que lo producen. La construcción de una *psicopolítica desde abajo* debe trascender el campo disciplinar de la Salud Mental y dar una *disputa anímica* en todo el campo social.

5

La *vida dañada* es la premisa de la teoría crítica radical de la sociedad. Sin embargo, la politización de la salud mental no puede sustraerse de problematizar las relaciones

estructurales al interior de las cuales se produce el malestar. La *fenomenología del afecto* en primera persona requiere enmarcarse en una *crítica de la totalidad social*. No es posible abordar la raíz de la crisis de la salud mental sin una *ruptura* con el capital, que es asimismo reinención de la subjetividad sobre la base de la investigación y la organización colectiva del cambio social.

La compulsión anónima y abstracta del capital, en su impulso demencial a la acumulación, es indiferente a la sostenibilidad de las vidas y la sustentabilidad del planeta. El capital se reproduce de espaldas al sufrimiento de todos los cuerpos que viven del trabajo (asalariado y no asalariado). El capitalismo presupone, pero no garantiza, la materialidad de la reproducción concreta de nuestras vidas y de la naturaleza no humana. El malestar generalizado evidencia el fracaso de las formas de vida basadas en las categorías del valor, el trabajo abstracto, la mercancía y el dinero. Nadie puede adaptarse (sin romperse) a una vida capitalista cada vez más invivible. *Una vida socialmente injusta, ecológicamente insostenible y emocionalmente insoportable*. ¿El objetivo es “salir” de la ansiedad, la depresión o el estrés para adaptarnos mejor a la locura del capital? ¿El punto debe ser destruir las condiciones materiales y subjetivas que enferman? No compartimos una identidad, tenemos en común el problema de que el sistema capitalista está en contra de nuestra salud mental colectiva.

Hoy la salud mental está en la conversación cotidiana. Se habla cada vez más de malestares en los medios masivos, en las redes sociales, en las militancias, en las amistades, en las universidades y escuelas, en los lugares de trabajo. Necesitamos una *agenda política emancipatoria en salud mental*, que no se restrinja a los especialistas sanitarios y los expertos “psi”. No somos solo pacientes de terapias y servicios, usuarios de fármacos o personas con malestares. Las multitudes sintomáticas somos *sujetos del cambio psicosocial*.

En el libro *Sedados*, Davies sostiene que el neoliberalismo impone una agenda privada y terapéutica de la salud mental, en la cual se despoja al sufrimiento de su carácter político. Como resultado, nuestro malestar ya no se percibe como una “llamada de atención vital a favor de un cambio”, ni como un saber que se pueda considerar “potencialmente transformador o instructivo”. El autor afirma que la economía política del sufrimiento supone estas operaciones concretas:

- “Conceptualícese el sufrimiento humano en unos términos que salvaguarden a la economía vigente de las críticas. O sea, reformúlese el sufrimiento para vincular su origen a causas individuales, induciendo así a las personas a pensar que lo que no funciona y es preciso reformar son ellas mismas y no el sistema económico y social en el que viven.
- Redefínase el bienestar individual en un sentido que concuerde con los fines de la economía. Deberá caracterizarse el bienestar de manera que incluya aquellos sentimientos, valores y comportamientos (por ejemplo, ambición personal, competitividad y laboriosidad) que favorezcan el crecimiento económico y aumenten la productividad, sean o no efectivamente beneficiosos para las personas concretas y para la comunidad.
- Transfórmense las conductas y emociones que puedan tener repercusiones negativas para la economía en indicaciones de que se requiere una mayor intervención médica. Se deberán medicalizar y tratar aquellas conductas y sentimientos que perturben o alteren el orden establecido (por ejemplo, unos bajos niveles de satisfacción en el trabajo), dado que podrían frustrar la consecución de los intereses económicos de poderosas instituciones y élites financieras.
- Transfórmese el sufrimiento en una magnífica oportunidad de mercado que permitirá incrementar el consumo. El sufrimiento puede llegar a ser sumamente lucrativo para las grandes empresas cuando empiecen a fabricar y comercializar supuestos remedios, lo cual también permitirá obtener más ingresos fiscales y mayores beneficios y elevará la cotización de las acciones”.⁷

El “giro afectivo” del capitalismo convierte los sentimientos, las heridas y los disfrutes en nichos de mercado. Para politizar el desgaste mental, el “consumo problemático” o el alcoholismo, se requiere un *sindicalismo anímico* capaz de problematizar el malestar del trabajo. La individualización del sufrimiento debe ser combatida. La ansiedad no puede ser colectivizada si es comprendida como un problema privado padecido por individuos aislados (heroicos o victimizados). El sufrimiento del trabajo plantea la urgencia de crear una *alternativa sistémica al capitalismo*, que rearticule los vasos co-

municantes entre la experiencia vivida en primera persona y la lucha colectiva contra las estructuras sociales injustas.

El colapso anímico no pondrá fin al capitalismo. La perspectiva de intervenir en salud mental a través de marcos políticos, no significa que el problema pueda abordarse por medios políticos tradicionales y banalizando las experiencias vividas de sufrimiento. ¿La agencia debe adoptar los métodos de la acción directa y la movilización callejera, o de la huelga psíquica y la interrupción de la máquina de aceleración capitalista? El carácter planetario de la crisis plantea desafíos *estratégicos de carácter global*, los cuales necesariamente se elaboran en complejas luchas locales, vidas concretas y alianzas situadas. El capital puede aprovecharse de sus desastres, monetizar el sufrimiento y relanzar la acumulación, profundizando el dolor sistémico al punto de agudizar el deterioro y privatizar el bienestar. Por eso debemos disputarle la felicidad a las empresas capitalistas de la alegría. No obstante, la crisis no puede superarse dentro del capitalismo: los malestares que este sistema produce son imposibles de resolver en los estrechos límites del mercado narcótico y las políticas sanitarias estatales.

¿El proletariado sintomático puede surgir como una subjetividad antagonista para reapropiarse del proceso de trabajo y las riquezas comunes? ¿Debemos abandonar la creencia según la cual una vez abolidas las relaciones capitalistas y sus formas de subjetivación se solucionarán los malestares? ¿El malestar en la cultura es el malestar de la cultura del capital, o más bien, el principio de realidad capitalista produce un “plus de malestar” superable en un proceso inmanente y permanente de transformación y supresión del capitalismo? ¿Y si sentirse mal es una condición de la acción, y no un obstáculo de la misma? ¿El problema, como afirma Cvetkovich, es que decir que el capitalismo es la causa de nuestros malestares, no nos ayuda a levantarnos por la mañana? ¿Cómo salir a luchar si ni siquiera me puedo levantar de la cama? ¿Cómo comprometerse con la resistencia si no podemos parar de competir y producir? Con esto en mente, y para finalizar, conviene recordar este fragmento de Mikkel Frantzen:

Contrariamente al discurso psicológico y psiquiátrico, la razón por la que uno no puede levantarse de la cama no es porque tenga una mala predisposición, una mentalidad nega-

tiva o porque haya elegido su propia infelicidad. Tampoco se trata nada más que de una cuestión de química y biología, un desequilibrio en el cerebro, una disposición genética desafortunada o niveles bajos de serotonina. La mayoría de las veces se trata del mundo en el que vivimos, el trabajo que odiamos o el trabajo que acabamos de perder, las deudas que acechan nuestro futuro, o el hecho de que el futuro del planeta está amenazado.⁸

8 Frantzen, M. K. (2023). ¿Por qué la salud mental debería importarle a la izquierda? *Sonámbula*. Recuperado de https://sonambula.com.ar/por-que-la-salud-mental-deberia-importarle-a-la-izquierda/?fbclid=IwAR04kPZ-tUiNXsPXnveZEGTQnbfdbVaYmFpqVgyuHSkiI55g9WaW3_gSvWWs



El avance de la ultraderecha y la democracia en alerta

Pragmatismo, redención y sacrificio

MAURO BENENTE (UNPAZ/UBA)
14 DE AGOSTO DE 2023

Introducción. El avance de la ultraderecha

40 años de democracia. Por alguna razón, los aniversarios terminados en cero se transforman en una excusa para analizar con mayor detenimiento aquello que pasa más a la ligera cuando los años cumplidos terminan con otro número. Sin embargo, con las Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias ganadas por un candidato neofascista, y la victoria de una candidata de derecha sobre uno de centroderecha en la segunda fuerza más votada, no necesitamos excusas para revisar estos 40 años de democracia.

Que el fascista Javier Milei y la negacionista Victoria Villarruel hayan sido la fórmula más votada, que la fórmula derechista de Patricia Bullrich y Luis Petri hayan ganado

la interna de Juntos por el Cambio, nos ubica en un escenario distinto: solamente poniendo excusas podemos obviar una reflexión sobre la democracia, y sobre su futuro. El resultado electoral representa una alerta para la democracia, y es urgente evitar que estos números se consoliden en las elecciones de octubre y la democracia se encuentre ya no en alerta sino directamente en peligro.

Las dos caras de la democracia. Pragmatismo y redención

En un breve trabajo titulado *Trust the people!* la teórica política inglesa Margaret Canovan planteó que la democracia tiene dos caras, una *pragmática* y otra *redentora*. Para caracterizar estas dos caras, Canovan restituye y redefine los argumentos del filósofo conservador Michael Joseph Oakeshott, quien argumenta que la política de los últimos cinco siglos estuvo marcada por dos estilos: *la política de la fe* y *la política escéptica*. Si bien conceptualmente resultan opuestos, la política moderna puede leerse como “un *concordia discors* [concordancia discordante] de los dos estilos”.¹ Canovan redefine estos dos estilos, los denomina *política redentora* y *política pragmática*, y sostiene que la democracia presenta justamente estas dos caras, que son opuestas y a la vez interdependientes, que se pelean pero están ineludiblemente unidas.

La cara pragmática puede simplificarse con la máxima “boletas, no balas”, y es representativa de un sistema que busca resolver los conflictos minimizando la violencia. Mientras que la cara redentora puede simplificarse con la máxima “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. En términos más específicos: a) la cara pragmática pretende resolver conflictos evitando el uso de la violencia y a través de una serie de prácticas y reglas institucionalizadas, mientras que la cara redentora promete la salvación a través de la política; b) la cara pragmática encuentra en el régimen democrático una manera –no la única– de resolver los conflictos sin violencia, mientras que la redentora plantea que la salvación solo es posible si el pueblo se vuelve protagonista de las decisiones sobre su propio destino; c) la cara pragmática apela a las instituciones, tanto para limitar cuanto para hacer efectivo el poder, mientras que la cara redentora es más anti institucionalista,

1 Oakeshott, M. (1998). *La política de la fe y la política del escepticismo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 58.

y presenta un impulso romántico hacia la movilización. Más allá de estas diferencias, Canovan se esfuerza por reiterar que la cara pragmática de la democracia necesita de la redentora, y pone de relieve que “cierto grado de la promesa de salvación de la democracia redentora es realmente necesario para lubricar la maquinaria de la democracia pragmática”.²

La democracia no se puede reducir a un sistema de reglas de juego institucional, pero tampoco se asocia únicamente con la promesa de la salvación del pueblo mediante el gobierno del pueblo. La democracia es, de manera simultánea y ambivalente, ese elenco de las reglas de juego y esa promesa de salvación, pero de modo que ninguno de los polos se agota en el otro: la salvación del pueblo no se alcanza solo cumpliendo las reglas de juego institucional, a la vez que las promesas de salvación no pueden tener como objeto, solamente, mejorar el cumplimiento de estas reglas de juego.

La democracia en alerta. Pragmatismo, redención y sacrificio

Javier Milei fue el candidato que más enfatizó en una dimensión de redención, al mismo tiempo que no solo relativizó la importancia de la dimensión pragmática, sino que directamente la impugnó. La promesa de redención se articuló alrededor del significante libertad, empleado de una manera poco clara. Sin embargo, y fundamentalmente, la promesa de redención tuvo una manifestación sí muy clara y precisa: terminar con la casta. La salvación del pueblo se alcanza solo y simplemente terminando con la casta. Se trata, claro está, de una promesa absolutamente infundada porque incluso redistribuyendo el supuesto ahorro que traería la supresión de ministerios y cargos, no alcanzaría para resolver la desigualdad, la pobreza y la indigencia. Se trata, sin embargo, de una promesa infundada que pone en serio riesgo la dimensión pragmática, institucional, de nuestra democracia.

Sin embargo, así como hay que poner de relieve la falsedad de la promesa, hay que dejar de decir en voz baja, y plantearlo con algo más de firmeza, que hay muchas personas funcionarias con muy escasa formación para los cargos que ocupan, y más preocupadas

² Canovan, M. (1999). Trust the people! Populism and the two faces of democracy. *Political Studies*, 47(1), 11.

por llenar un álbum de fotos de alguna aplicación que por diseñar políticas públicas para enunciar o cumplir promesas de redención. Esto genera rechazo incluso de sectores que las fuerzas democráticas pretenden representar, y nos tenemos que hacer cargo e intervenir en esta discusión. Y esto no implica reducir la política a la mera gestión tecnocrática, más bien supone tomarse en serio que si una transformación democrática solo es posible con un buen punto de equilibrio entre gestión y movilización popular, la gestión debe realizarse con convicción política pero también con profesionalismo. Y esto ya no se puede decir en voz baja, porque el riesgo es que alguien lo diga a los gritos, pero en lugar de usando una gramática democrática lo haga con una tonalidad fascista, con un lenguaje que ponga en discusión la dimensión institucional de la democracia, y llegue al 30% en una elección primaria.

Por su parte, la otra candidata de derecha, Patricia Bullrich, presidenta del PRO, modificó la cara de la redención por el sacrificio. La campaña del PRO del 2015 había sido de redención, de una promesa de felicidad, globos de colores, y de un baile con cumbia cheta como música de fondo. Una promesa que había que contrastar con su plan económico para mostrar que era falsa. De modo bien distinto, para estas elecciones Bullrich modificó la redención por el sacrificio. En contraste con el supuesto despilfarro promete sacrificio, pero por el sacrificio mismo. Ya no se trata de la lógica del sacrificio retratada por René Girard, para quien las comunidades primitivas sacrificaban a algunos individuos en vistas del propio bien de la comunidad. La de Bullrich es una promesa de mero sacrificio, de todas y todos, pero una lógica del sacrificio por el sacrificio mismo. Una lógica que nada tiene que ver con la democracia. No solo porque borra una de las caras de la democracia, sino porque al hacerlo —como nos alertaba Canovan— también se oxida la cara pragmática, institucional. Pero, finalmente, la propuesta de Bullrich no solamente degrada la democracia por borrar su cara redentora, sino directamente porque ofrece un elenco de prácticas institucionales asociadas a la supresión de derechos y al uso desmedido de la violencia que también desdibuja al rostro pragmático.

Sea a través de promesas que combinan la falsedad con la anulación de la dimensión institucional, sea a través de una cara sacrificada en lugar de una redentora —que también oxidan la cara institucional—, las propuestas de Milei y de Bullrich hacen sonar las alertas

de nuestra democracia. Y es en este contexto, y no en otro más idealizado o menos dramático, que debemos preguntarnos qué hacer.

Con la democracia en alerta, casi en peligro, votar a Massa

En el contexto de una democracia en alerta, la fórmula Massa-Rossi representa la única alternativa para evitar que la democracia deje de estar en alerta y en las elecciones de octubre se encuentre en peligro.

En las elecciones de 2019, el Frente de Todos realizó una fuerte promesa de mejoras de las condiciones materiales de las clases medias bajas y bajas. Promesa que no fue cumplida: por errores y horrores propios, por la pandemia, la guerra entre Rusia y Ucrania, la sequía, y fundamentalmente por la deuda con el Fondo Monetario Internacional. Como bien ha explicado Maurizio Lazzarato en *La fábrica del hombre endeudado*, la deuda es una tecnología de poder –la más potente en la actualidad– que condiciona las acciones de los individuos y los Estados, y reordena sus decisiones en función no de una promesa redentora sino de una promesa de pago. Y esa tecnología de poder, la más devastadora de la actualidad, no la activó el supuesto autoritarismo del peronismo, sino el elegante republicanism del PRO y la UCR.

En estas elecciones de 2023, habiendo incumplido las de 2019, para Unión por la Patria es notoriamente más difícil enunciar nuevas promesas de mejora de las condiciones materiales. Fundamentalmente porque no enamora lo suficiente reiterar una y otra vez que, con la derecha en el gobierno, la pandemia, la guerra y la deuda hubieran agravado mucho más las condiciones materiales del pueblo. Y este es un problema no solo para ir a buscar apoyos en quienes no han votado a Unión por la Patria, sino también para volver a enamorar a una militancia golpeada no solamente por la pauperización generalizada, sino por las sistemáticas decisiones palaciegas.

Es cierto que la amenaza que representan Milei y Bullrich para el sistema democrático es un argumento en sí mismo para votar la fórmula Massa-Rossi, representantes parciales de dos procesos políticos (2003-2015, 2019-2023) que podemos discutir cuánto han profundizado la democracia, pero es indiscutible que no la pusieron en peligro. Pero tan

cierto como esto, es que la protección de la democracia en su cara institucional es un argumento que no alcanza. Porque la preservación de las instituciones democráticas, por sí mismas, no dan de comer, no curan y no educan. Para ello es necesario reconstruir una épica de promesas redentoras que sí den de comer, que curen y eduquen.

El 11 de diciembre será el momento para empezar a discutir si Unión por la Patria es el mejor espacio para cumplir esas promesas de redención. Pero en esta instancia, con la democracia en alerta y hasta en peligro, solo un gobierno de Unión por la Patria generará ámbitos adecuados para discutir el modo de salvación del pueblo por el pueblo. Con Milei y Bullrich estos ámbitos estarán en peligro.



Milei y la batalla por las ideas

O cómo el liberalismo ganó la imaginación política

PABLO MARTÍN MÉNDEZ (UNLA/CONICET)
15 DE AGOSTO DE 2023

Las PASO 2023 han dado lugar a una serie de análisis y especulaciones de todo tipo. La sensación general es de sorpresa, estupor o asombro, como si el triunfo de Javier Milei pudiese explicarse casi exclusivamente por los vaivenes de la actual coyuntura, ya sea el “voto bronca” contra la política, los efectos de la pandemia del COVID-19 o la crisis económica que desde hace más de cinco años viene dañando el tejido social de la Argentina y poniendo en jaque a una gran parte de su sistema político. Quizá no se haya prestado suficiente atención al hecho de que el candidato de La Libertad Avanza hable de una decadencia que llevaría más de 100 años y que invoque a la Argentina de 1860 como un modelo a seguir. A veces la urgencia de la coyuntura encubre la densa red de acontecimientos históricos que nos han llevado hasta este punto del presente: para el

caso, la larga historia del liberalismo en la Argentina y su objetivo de dar una “batalla” en el plano de las ideas que condicione las opciones políticas y económicas para el futuro.¹

Si queremos comprender la historia del triunfo de Milei en las últimas PASO, no tenemos que mirar solo las elecciones legislativas del 2021, cuando el actual candidato a presidente por el espacio La Libertad Avanza obtuvo un 17% de los votos emitidos en CABA. Hay que ir mucho más lejos; por lo menos hasta los últimos años de la década de 1950. Años de la Guerra Fría, de la Revolución Cubana y de la proscripción del peronismo en la Argentina. En aquellos tiempos agitados, había un grupo minúsculo de intelectuales que planteaba un retorno a las “bases” de la Argentina luego del derrocamiento del gobierno de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955.

Esas bases, según se decía, eran liberales, y habrían llevado a que el país se ubique entre las principales economías del mundo a comienzos del siglo XX. Figuras tales como Federico Pinedo, Álvaro Alsogaray y Alberto Benegas Lynch coincidían en el siguiente punto: la Argentina fue un país pujante hasta la década del treinta, luego perdió la brújula por el ocaso del liberalismo y entró finalmente en un largo ciclo de decadencia debido al ascenso de ideas intervencionistas en materia económica, especialmente las ideas del peronismo. Las bases perdidas estaban en la Constitución de 1853, invocada por el mismo Milei en varias oportunidades, sin olvidar el discurso brindado tras su triunfo en las PASO. Al igual que Milei, también Pinedo, Alsogaray y Benegas Lynch creyeron que la verdadera contienda política de la Argentina no se dirimía entre distintos partidos políticos, ni siquiera en el dilema democracia-autoritarismo de los años sesenta y setenta. La contienda era entre el liberalismo y el estatismo, término amplio donde cabía casi todo: no solo el peronismo y sus ideas de justicia social, sino también los gobiernos desarrollistas de Arturo Frondizi y Arturo Illia, así como las políticas económicas llevadas adelante por la autodenominada “Revolución Libertadora” y el posterior régimen autoritario encabezado por Juan Carlos Onganía.

1 Se encontrará un análisis ampliado de esta historia en: Méndez, P. M. (2023). La formación histórica del neoliberalismo argentino a través de Federico Pinedo, Álvaro Alsogaray y Alberto Benegas Lynch (1955-1973). *Redes transnacionales, batalla de ideas y refundación de la Nación. Studia Politica*, (59), 123-156. Recuperado de <https://revistas.bibdigital.uccor.edu.ar/index.php/SP/article/view/5482>

Sin embargo, el llamado de retorno a las bases era algo más que la reivindicación de un supuesto pasado glorioso. Lo que Pinedo, Alsogaray y Benegas Lynch proponían para la Argentina era más bien un liberalismo auténtico, incontaminado de estatismo e intervencionismo. Por eso señalaban la necesidad de renovar al liberalismo eclipsado por los impactos de la crisis de los años treinta en el país. Se trataba, en otras palabras, de aclarar las ideas como base para la acción futura. La clave de la renovación estaba en las nuevas ideas que habían comenzado a difundirse en Europa y los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial; ideas que algunos denominaban, ya en esa época y sin ningún pudor, como “neoliberales”. Alsogaray se afiliaba al modelo de la “Economía Social de Mercado” impulsado por el Canciller Ludwig Erhard y el economista Alfred Müller-Armack en Alemania. Desde su visión, allí estaban los fundamentos del “milagro alemán” de posguerra. Por su parte, Pinedo y Benegas Lynch descifraban la historia argentina desde las ideas del liberalismo ortodoxo de la Escuela Austríaca. Hay conferencias y otras publicaciones donde vinculan a los principales referentes del neoliberalismo austríaco, como Friedrich Hayek o Ludwig Mises, con las figuras de Juan Bautista Alberdi y hasta de Manuel Belgrano. Todos pertenecerían a un mismo linaje liberal que los llevaba a oponerse con la justicia social de Perón, el desarrollismo de Frondizi o la Cuba de Fidel Castro. Así, los primeros neoliberales argentinos polarizaban el escenario de la época, definiendo tan solo dos alternativas para el país: *liberalismo y libre mercado vs. estatismo e intervencionismo*. No había caminos intermedios ni “terceras vías”. Todavía más, siguiendo las tesis que planteaba Hayek en su famoso libro *Camino de servidumbre* (1944), toda intervención del Estado en la economía podía ser un germen de totalitarismo. Por eso Alsogaray, Pinedo y Benegas Lynch no tenían ningún reparo en asimilar a Perón con Hitler y el nazismo.

La historia de estos tres personajes es más que interesante. Viniendo del mundo militar, Alsogaray fue ministro de Economía bajo los gobiernos de Frondizi y de José María Guido. Luego fundó la Unión del Centro Democrático, más conocida como la UCEDE, un partido gravitante durante los años ochenta que apoyó finalmente al gobierno de Menem prestando asesoramiento y también varios funcionarios, entre ellos, la recordada María Julia Alsogaray. Dos notas de color: 1. Alsogaray justificó su apoyo al menemismo creyendo que esta experiencia traería una versión del modelo económico alemán a la Argentina: lo que

él llamaba una economía “popular” de mercado; 2. Hacia mediados de los años cuarenta, fundó la empresa aeronáutica ZONDA, que más tarde sería estatizada por Perón para formar parte de Aerolíneas Argentinas, hoy en el centro de la agenda de privatizaciones impulsada por Milei y otros referentes de la Alianza Juntos por el Cambio.

La trayectoria de Pinedo es algo más intrincada. De extracción socialista en los años veinte, fue ministro de Economía bajo el gobierno de Agustín P. Justo durante la llamada “década infame” de los años treinta. Desde allí diseñó un ambicioso plan (el Plan Pinedo) que incluyó políticas intervencionistas frente a la inestabilidad del mercado mundial y que terminó dando lugar a la creación del Banco Central de la República Argentina. Más tarde el exministro pasó a integrar las filas del Partido Conservador cuestionando fuertemente al gobierno de Perón y llamando a unificar posiciones alrededor de las nuevas ideas liberales que circulaban en el país ya desde los cincuenta. A principios de la siguiente década, Pinedo volvió a ocupar la cartera de Economía bajo el gobierno de Guido, aunque al poco tiempo fue sustituido por Alsogaray. A partir de entonces, se dedicó a publicar diferentes análisis sobre la situación económica de la Argentina, muchos de ellos en clave de las ideas propuestas por la Escuela austríaca. Es abuelo de Federico Pinedo, el recordado senador de Cambiemos que a fines de 2015 fue presidente por solo un día.

Pero quizá haya sido Benegas Lynch, empresario vitivinícola de la provincia de Mendoza, quien más se dedicó a difundir las ideas del “nuevo liberalismo” en el país. Este era el objetivo del *Centro de Estudios sobre Libertad*, fundado por Benegas Lynch a fines de los cincuenta, y de su revista *Ideas sobre la Libertad*, publicada en forma continua hasta fines de los ochenta. La revista fue una de las primeras publicaciones del país dedicadas a difundir las ideas de varios referentes del nuevo liberalismo de posguerra como Hayek, Mises y Leonard Read, el fundador del Libertarianismo estadounidense. El objetivo de estas actividades era claro: sumar a la Argentina en una lucha mundial contra las posiciones antiliberales, desde el keynesianismo hasta el comunismo, pasando por sus supuestas variables autóctonas como el desarrollismo y el peronismo. Benegas Lynch es el padre del Alberto Benegas Lynch glorificado por Milei tras su triunfo en las PASO, y el abuelo de “Bertie”, primer candidato a diputado nacional por la lista de La Libertad Avanza en la Provincia de Buenos Aires.

A todos estos antecedentes, habría que sumar la defensa dogmática de Milei por el monetarismo de Milton Friedman, así como también su adhesión a las teorías del capital humano formuladas por Gary Becker durante los años ochenta en el marco de la famosa Escuela de Chicago. Estas teorías suponen una economización total de la vida y de las relaciones humanas; es una utopía que, bajo la eventual presidencia de Milei, tendría el rango de ministerio: el Ministerio del Capital Humano.

No se interpreten estas líneas como una lectura lineal de la historia. Al contrario, hay toda una red de ideas y relaciones que une al presente con el pasado y también con un posible futuro. Es la misma red de intelectuales, centros y fundaciones (*think tanks*) que desde hace décadas viene difundiendo las ideas (neo)liberales tanto en la Argentina como en el resto del mundo. A mediados del siglo XX (es decir, mucho antes de Margaret Thatcher, Ronald Reagan, Augusto Pinochet o el mismo José Alfredo Martínez de Hoz) esas ideas ocupaban un lugar marginal en la política argentina, sin más respaldo que un grupo reducido de empresarios e intelectuales. Hoy se han vuelto parte de nuestro sentido común. Ello es así porque el liberalismo se ha dedicado sin pausa a dar su “batalla cultural”, término acuñado por el teórico marxista Antonio Gramsci y hoy en boca de muchos libertarios. La batalla ha servido para dividir las aguas, definiendo un campo antiliberal conformado por enemigos distintos y a veces contrapuestos: ayer Perón, Frondizi u Onganía... Hoy Sergio Massa, Horacio Rodríguez Larreta, Juan Grabois y cualquier otra expresión de izquierda. Todos serían parte de lo mismo: la casta, el comunismo internacional, el estatismo y otros términos intercambiables.

Por supuesto, la historia del liberalismo en la Argentina es solo una parte de toda esta historia... Hay muchas otras variables a tener en cuenta. En cualquier caso, la enseñanza que nos dejan las PASO es que el liberalismo argentino no carece de constancia ni de imaginación política, incluso para defender ideas que tienen más de medio siglo y que han mostrado su fracaso en varias oportunidades. Queda por ver si el peronismo estará a la altura de los desafíos históricos que plantea la actual coyuntura y de las promesas de un futuro mejor, donde la única opción no sea el shock y las cirugías a fuerza de motosierra. Esa promesa de futuro requiere que el peronismo también haga su intento de “volver a las bases”, aquellas que, a mediados del siglo XX, transformaron a la Argentina un país más inclusivo e igualitario.



El misterio del Ministerio de Capital Humano

IVÁN GABRIEL DALMAU (CONICET/UBA)
22 DE AGOSTO DE 2023

Punto de partida

El elemento más importante para explicar el crecimiento económico es el capital humano. El capital humano tiene dos dimensiones... Tiene lo que es la dimensión educación y la dimensión alimentación.¹

Javier Milei

Dentro del abanico de propuestas que componen el programa de La Libertad Avanza, se destaca la creación del Ministerio de Capital Humano que absorbería las carteras

¹ Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=d4A6p7JpoQA&t=11s>

de Salud, Educación y Empleo e incorporaría un área dedicada a Niñez y Familia. En caso de resultar electo presidente, el candidato anticipó que dicha cartera quedaría en manos de Sandra Pettovello, licenciada en Ciencias de la Familia egresada de la Universidad Austral –vinculada al Opus Dei–. Al respecto, viene al caso señalar que, tal como consta en su sitio personal, la licenciada ofrece servicios tales como la “gestión emocional”.² Resulta ostensible que la consideración de la educación y la alimentación como aspectos formativos del capital humano y el abordaje de “las emociones” como algo a “gestionar” constituyen una cadena, una trama. Es decir, si “lo humano” constituye un capital, resulta razonable abordar los problemas que lo aquejan bajo la lógica empresarial de la “gestión”. Asimismo, la vinculación que Milei establece entre capital humano y crecimiento económico permite entender que dentro de la órbita del citado Ministerio se ubique un área dedicada al trabajo.

Ahora bien, la pregunta sería: ¿cuál es la grilla de inteligibilidad mediante la que se articula esta forma de problematización de “lo humano” y se configura la racionalidad política sobre la que se asienta el programa mencionado? Como bien lo destacara Pablo Méndez,³ en el discurso articulado por Milei resuenan, entre otros, los desarrollos de la teoría del capital humano elaborados a partir de los años sesenta del siglo pasado en el seno de la Escuela de Chicago por parte de Gary Becker, Premio Nobel de Economía en el año 1992. Discurso que, en su contexto de surgimiento, apuntaba estratégicamente a horadar las conquistas de la clase obrera organizada, articuladas en torno al denominado Estado de Bienestar de la segunda posguerra y que, junto al monetarismo de Milton Friedman (también miembro de la Escuela de Chicago), articularían la agenda programática de las políticas implementadas tras el ascenso de Ronald Reagan en 1981, cuyo objetivo sería el desmantelamiento de la articulación entre la planificación económica de cuño keynesiano y las políticas de distribución progresiva del ingreso. Cuestión que, como lo mostrara el economista francés Thomas Piketty, se tradujo en un brutal aumento de la desigualdad que persiste hasta la actualidad, pasando la riqueza concentrada por el decil superior de menos del 35% en la década de 1970 a tender al 50% en la década de 2000-2010.⁴

2 Recuperado de <https://licpettovello.com/index.php/servicios-sandra-pettovello/>

3 Recuperado de <http://revistabordes.unpaz.edu.ar/milei-y-la-batalla-por-las-ideas/>

4 Piketty, Th. (2013). *Le Capital au XXI^e siècle*. Paris: Éditions SEUIL, p. 391.

Habida cuenta del interrogante previamente explicitado, no nos proponemos reconstruir en un registro sociológico la historia de la implementación de las políticas de orientación neoliberal –sea en Estados Unidos o en América Latina– sino que, por el contrario, buscaremos revisar la denominada teoría del capital humano en tanto contribuye a perfilar una determinada racionalidad de gobierno. Por lo tanto, realizaremos una reconstrucción a partir de la analítica foucaultiana de la gubernamentalidad neoliberal,⁵ lo que presupone tomar como punto de partida que dicho encuadre no se preocupa por dar cuenta de cómo los gobiernos han gobernado, sino acerca de cómo se ha reflexionado respecto de la práctica de gobierno. Dado que, desde el enfoque foucaultiano, la gubernamentalidad neoliberal funciona como grilla de inteligibilidad y método de programación, consideramos que la crítica en perspectiva gubernamental resulta pertinente en tanto evita la objeción que los (neo)liberales suelen blandir ante la crítica socio-histórica. Esto es, la estrategia que consiste en responder al señalamiento de que las políticas neoliberales generan un deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares mediante planteos tales como “falló la aplicación del modelo”, “ese gobierno no fue suficientemente liberal”, “la pesada herencia y la falta de confianza por temor a que vuelva el populismo fueron las causas del fracaso”, etc.

Problematizar la teoría del capital humano en perspectiva gubernamental

Siguiendo la reconstrucción propuesta por Michel Foucault, la teoría del capital humano desarrollada por la Escuela de Chicago se configura a partir de la definición del capital como “aquello que produce un beneficio”, en el contexto de “asignación de recursos limitados hacia fines mutuamente excluyentes”. En el seno de dicho discurso, el “capital humano”, en tanto objeto, se constituye en torno a una serie de capacidades físicas e intelectuales vinculadas a la “productividad” y al *savoir-faire*, atravesadas por la tensión entre “lo innato y lo adquirido”. De este modo, la “grilla de análisis económico” es aplicada a la totalidad de las prácticas sociales, o sea incluso a aquellos comportamientos

5 Foucault, F. (2004). *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-79*. Paris: Éditions Gallimard SEUIL.

considerados “habitualmente” como “no económicos”; puesto que, desde este enfoque, todas las acciones pueden ser leídas en términos económicos ya que implican la asignación de recursos limitados hacia fines mutuamente excluyentes. Así, desde la educación y las relaciones familiares, hasta la dieta y el acceso a la salud, serán problematizadas en términos de “inversiones en capital humano”.

En dicho marco, el análisis económico se propone abordar el modo en que las conductas de los individuos responden de manera sistemática a las transformaciones de las variables del medio. Por lo tanto, resulta analizable en términos económicos cualquier conducta que se deje “afectar por la realidad”. En consecuencia, la contracara de que la racionalidad económica sea problematizada como el modo adecuado y sistemático de responder a las transformaciones de las variables del medio es que el blanco del ejercicio del gobierno se tornará eminentemente gobernable, justamente, a través de las intervenciones “esclarecidas” sobre el juego entre dichas variables. Desde esta perspectiva, el trabajador en tanto capital humano no es más que un flujo de ingresos y el consumidor es, simplemente, un productor que invierte en la producción de su propia satisfacción. Dependiendo de sí mismo en tanto capital humano, el trabajador invertirá libremente su capital en pos de valorizarse. Por supuesto, como todo capital, está sometido a la competencia y expuesto al riesgo del deterioro, la pérdida de competitividad y la obsolescencia. Es tan libre para elegir como responsable de los efectos de sus elecciones. ¿Acaso quien invierte un capital puede desconocer que existe el riesgo de la pérdida e, incluso, de la bancarrota?

A modo de ejemplo, a partir de esta grilla podría señalarse que si alguien invierte su tiempo trabajando en un rubro que depende de la vigencia de un régimen de promoción industrial, en caso de que la política económica cambie y ese régimen sea desmantelado, el/a eventual trabajador/a se encuentra desocupado/a como resultado, en parte, de su propia decisión. Puesto que, al elegir invertir su tiempo a cambio de una renta bajo la forma salario dentro de ese rubro, debió prever en su estimación de riesgos que el desempleo era una opción probable. Por ende, si así y todo antepuso la comodidad, el gusto o el ingreso relativamente alto que recibía al invertir su tiempo en dicha actividad, nadie puede cuestionarlo pero, sobre todo, ante nadie puede quejarse. Si entre sus aptitudes emocionales ha desarrollado la flexibilidad y la resiliencia, se “reinventará”, como corresponde a toda empresa que pretende seguir compitiendo en un mercado en constante

cambio, y si en su “capital mental” no dispone de dichas aptitudes seguirá siendo libre de invertir como mejor le parezca. Si el dinamismo del mercado y su incapacidad para adaptarse llevan a la persona a ser incapaz de “gestionar sus emociones” y es asaltada/por la ansiedad, la angustia y la depresión, con los medios de que disponga podrá invertir, en tanto consumidor, en producirse satisfacciones a modo de contrapeso de su desazón. En la medida en que no perjudique a terceros y no implique un gasto para el Estado, nadie podrá objetar si invierte en producir su satisfacción mediante el consumo excesivo –¿según quién?, ¿según el adoctrinamiento moral propalado por la enseñanza que recibe la casta médica y psicológica?– de alcohol, psicofármacos o drogas ilegales. Quizás, si el Estado le permitiera disponer en absoluta libertad de su capital podría desprenderse, como hacen las empresas, de parte de este, y hubiera podido disponer de fondos frescos, sea para invertir en su renovación o, al menos, para contar con un mayor colchón de fondos para producir su satisfacción mediante el consumo y ahuyentar la depresión. En definitiva, como lo ha mencionado recientemente el candidato presidencial, si quiere aspirar cocaína hasta la muerte no solo es libre de hacerlo⁶ –y el Estado no debe meterse– sino que, inclusive, desde esta perspectiva cabe señalar que no se encuentra en una situación en la que le cuesta “gestionar sus emociones” por falta de presencia estatal en términos de salud pública, sino por un estatismo excesivo que coarta su libertad y le impide disponer plenamente de su capital... no se puede vivir sumido en la depresión constante, pero sí se puede con un riñón menos...

En lo que a las relaciones familiares respecta, los trabajos de Becker analizan la formación de una pareja, el contrato matrimonial, el tiempo que los padres le dedican a sus hijos y el tamaño de la unidad familiar como elecciones que se basan en un cálculo de costo-beneficio. Por lo tanto, frente al discurso de fines del siglo XIX que imbuido por el encuadre eugenésico– denunciaba el “suicidio de las elites” que se produciría como fruto de la reducción en la tasa de natalidad de la “población deseable”, la teoría del capital humano permitiría captar la racionalidad que se encuentra por detrás de dicha cuestión. Debido a que, cuanto más numerosa sea una familia, menos tiempo dispensarán los padres al cuidado de cada hijo y, en consecuencia, menor será la inversión en capital

6 Recuperado de <https://www.politicargentina.com/notas/202308/52828-milei-mosto-su-postura-en-salud-mental-si-vos-te-quieres-suicidar-no-tengo-problema.html>

humano que realicen respecto de cada una de las personas. Una familia de altos ingresos, es decir una familia con “capital humano elevado”, tenderá a tener pocos hijos para garantizar una elevada transmisión de capital humano (que involucra inversión financiera y de tiempo por parte de los padres). Asimismo, respecto del vínculo madre-hijo, la teoría del capital humano lo problematiza en términos de que los cuidados que la madre dispensa a su hija/o constituyen una inversión cuantificable (a partir de la variable tiempo) dirigida a la obtención de un beneficio, sea afectivo o económico (por como podrá valorizarse dicha/o hija/o, en tanto capital, cuando salga a competir al mercado laboral). La salud, la educación y la capacidad de generación de ingresos en un futuro es fruto de las inversiones realizadas en el seno de la unidad familiar, a tono con la composición del Ministerio de Capital Humano proyectado por Milei. Quizás, justamente, el lugar táctico asignado al dispositivo familiar dentro de la lógica de la responsabilización individual posibilite captar la articulación estratégica en que se basa la paradoja de la (ultra)derecha: logra señalar como “conservador” y “dogmático/autoritario” todo lo que se opone a su agenda de reformas pero, al mismo tiempo, promueve un discurso “familiarista” que le permite sintonizar con el conservadurismo de cierto sector del catolicismo y, sobre todo, con el evangelismo creciente dentro de los sectores populares.

Por otro lado, cabe recordar que, como bien lo destacara Michel Foucault, en paralelo a su aplicación como grilla de inteligibilidad de la totalidad de las prácticas sociales, la teoría del capital humano da lugar a la constitución de una suerte de “tribunal económico permanente” ante las acciones gubernamentales. De este modo, dicho enfoque habilitará el ejercicio cínico de una crítica mercantil opuesta a la acción del poder público. Frente al principio liberal clásico del *laissez-faire*, que mandaba a que el gobierno se limitara y “dejara hacer al mercado”, el neoliberalismo ejercerá una forma de crítica basada en el *ne-pas-laissez-faire* –“no dejar hacer”– al gobierno.⁷ Cualquier programa político que se corra del enfoque neoliberal y proponga, por ejemplo, planificar la actividad económica y reducir la desigualdad, será objetado como “carente de sentido” (al promover políticas contrapuestas a las “intervenciones esclarecidas”), en tanto pretende objetivos y propone medidas que exceden las capacidades de los gobiernos y terminan resultando contraproducentes, además de injustas. Ya que redistribuir el ingreso no es más que “castigar al

7 Foucault, F. (2004). *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-79*, op. cit., pp. 252-253.

exitoso” y desalentar la inversión. Si bajo el lema de la justicia social, ante cada necesidad se reconoce un derecho, el Estado se transforma en un elefante que asfixia a los impulsores del crecimiento económico, al atentar contra la propiedad privada del exitoso que carga en sus espaldas la cuenta de esos presuntos derechos.

Palabras finales: ¿se viene el juego del calamar?

A partir de la reconstrucción propuesta, quisiéramos puntualizar lo siguiente. El programa de un gobierno ambiental, es decir un gobierno centrado en el control de las variables del medio, que apunta a conducir las conductas en tanto los blancos del ejercicio del poder se dejen “afectar por la realidad”, no implica una forma de “poder suave” y esto no se debe meramente a que sabemos de sobra que “sin represión, no hay ajuste”. El gobierno medioambiental propuesto por los neoliberales bien podría ser ilustrado mediante la metáfora del juego del calamar. Esa serie de Netflix en la que tras descubrir en qué consiste el juego –básicamente las personas participantes pasan por distintas etapas en las que se encuentran expuestas a la muerte violenta hasta que, finalmente, una sola quede viva y gane el millonario premio– las/os jugadora/es deciden “democráticamente” detenerlo y volver con sus vidas. Al salir del juego y confrontarse nuevamente con sus vidas precarizadas, vacías, sin horizonte de salida, cada una de las personas va decidiendo libremente volver. Ante la muerte en vida a que las condena la situación de marginalidad que constituye su realidad, deviene razonable volver al juego...

El gobierno ambiental es el que interviene sobre el medio y crea las condiciones, socioeconómicas y jurídicas, para la desproletarización de la fuerza de trabajo y la promoción de su reconfiguración en clave empresarial, teniendo al monotributista como figura paradigmática. En ese sentido, volviendo sobre el interrogante que hemos colocado en el subtítulo de este último apartado, cabría señalar que la respuesta es doble: “no y sí”. No, en tanto el nivel de marginalidad en que se encuentran gran parte de los sectores populares implica que “el juego del calamar” no es meramente un fantasma que se asoma en el horizonte, sino algo que envuelve su presente y su pasado reciente. Sí, para parte de la población que aún goza de las conquistas en materia de legislación laboral que datan del primer peronismo. En la medida en que el pensamiento político no logre desarticular

las mallas de la racionalidad neoliberal y, como contracara de ello, habilite el ejercicio de la soberanía económica, no hay perspectiva de que la democracia se reencamine hacia la justicia social (impensable en una sociedad que no recupere el objetivo del pleno empleo). En contraposición, la racionalidad neoliberal hegemónica constriñe el orden de lo posible a nivel de la agenda política, de modo tal que la democracia –en tanto gobierno del pueblo– resulta vaciada de sentido y reducida a un mero formalismo electoral. En lugar de la conquista democrática de la igualdad concreta, se impone la mera igualdad formal ante la ley. En dicho marco, parecería que la justicia no se alcanza con la extensión de derechos laborales hacia aquellos que se encuentran privados de ellos, sino haciendo que los que aún los conservan, los pierdan. Puede decirse, entonces, que la comprensible bronca de quienes se encuentran marginalizados es articulada reactivamente en torno al supuesto “combate a la casta”. Así, se consume la utopía neoliberal de fragmentar a los sectores populares, haciendo pie en las penurias de las personas desproletarizadas para terminar de destruir las condiciones de vida de las/os trabajadoras/es formales.



“Contra la degeneración de la cárcel”

Reseña de *La prisión en el siglo XXI* de Ramiro Gual (comp.)

FACUNDO CEBALLOS (FD/UBA)
25 DE AGOSTO DE 2023

Intentamos ofrecer un libro que describa, analice, diagnostique y proponga herramientas para la lucha cotidiana contra la degeneración de la cárcel.

Ramiro Gual

La prisión en el siglo XXI es un libro dirigido por Ramiro Gual y elaborado en forma colectiva por más de veinte autorxs, en el marco de Asociación Pensamiento Penal. Entre ellos, cuenta con la participación de los profesores Raúl Zaffaroni, en su Prólogo, e Ignacio Anitua, en su “Epílogo”. Se trata de una obra de pensamiento jurídico y criminológico de carácter crítico, colectivo, heterogéneo y coral, que se destaca por la transversalidad de su enfoque: realizado desde una variedad de disciplinas, trayectorias y geografías, un

trabajo plural, internacional e interdisciplinario. *La prisión en el siglo XXI* representa una radiografía rigurosa y trans-disciplinar del sistema penal actual en nuestro margen latinoamericano, elaborada a partir de la mirada de investigadores del sistema penal *real*.

Si bien es una obra sumamente plural, todos los trabajos recopilados poseen un denominador común: identificar la prisión como una cuestión que debe ser estudiada y abordada de forma rigurosa y seria. Y todo ello con la finalidad de transformación hacia una prisión más respetuosa de los derechos y la dignidad de la persona. El libro posee, como hilo conductor, la reflexión sobre la cárcel y su progresiva *democratización*. No se trata de construir una “cárcel democrática”, pero sí de desarrollar prácticas democráticas *al interior* de la cárcel y aún *a pesar* de la cárcel. El libro se organiza en cuatro capítulos temáticos, donde los autorxs analizan desde distintos enfoques disciplinarios y metodológicos la prisión en nuestros días en nuestro margen latinoamericano.

El tratamiento penitenciario al banquillo

Rosario Gauna Alsina, en su artículo “Psicología Penitenciaria”, da cuenta de los procesos de inserción de los profesionales de la psicología en el Servicio Penitenciario Federal (SPF), en el marco de un trabajo más amplio sobre la salud mental en la prisión. Para ello, desarrolla una precisa y clara genealogía de la introducción, despliegue y desarrollo del *poder psicológico* al interior del SPF argentino, rastreando los procesos de *institucionalización, profesionalización y regulación del ejercicio profesional* de la psicología en Argentina. La autora analiza rigurosamente distintas aristas de la compleja relación Psicología-Prisión, con la finalidad de incorporar nuevas prescripciones al análisis de la salud mental en los contextos de encierro penal.

Pablo Antonio Molina en “Los informes criminológicos durante la ejecución penal” analiza los informes que produce la agencia penitenciaria cada vez que unx detenidx solicita un derecho liberatorio, haciendo especial foco en los *aspectos psicológicos* contenidos en dichos informes. La importancia de los aspectos psicológicos de los informes da cuenta, para el autor, de una “preeminencia del saber médico-psicológico” por encima de otras disciplinas, lo cual puede derivar en una *patologización de la criminalidad*. Bajo este enfo-

que crítico, desarrolla distintos argumentos que limitan o cuestionan las consideraciones de tipo *psicológico* contenidas en los informes criminológicos penitenciarios, entre ellos argumentos jurídicos, ético-profesionales, tratamientos y epistemológicos. El autor cuestiona el enfoque patologizante que se halla detrás de estas consideraciones psicológicas, emitidas por profesionales de salud mental durante la ejecución de la pena de prisión.

En su artículo “La particular gestión en el colectivo de extranjeras del CPF de Antofagasta”, Rocío Sandoval-Candia desarrolla las modalidades del encierro al interior de este complejo penitenciario chileno. La autora desarrolla la situación de las mujeres extranjeras privadas de la libertad, un colectivo triplemente vulnerable por su condición de género, nacionalidad y encierro penal. En este sentido, plantea un enfoque interseccional, advirtiendo cómo estas vulnerabilidades sociales se combinan y refuerzan entre sí, dando lugar a una “triple condena” que recae sobre las mujeres extranjeras privadas de libertad. La autora se apropia de una categoría provista por la sociología de la prisión, los “dolores del encarcelamiento”, y a partir de numerosos testimonios reconstruye los dolores del encierro adicionales que sufren las mujeres extranjeras presas por su triple condición social de vulnerabilidad social.

Fernando Leguizamón, en su artículo “Iglesia y cárcel”, desarrolla la relación que ha existido históricamente entre las instituciones iglesia y prisión. Para ello, construye dos modelos analíticos diferentes: En primer lugar, el “modelo cristiandad”, caracterizado por una práctica eclesial verticalizada y autoritaria, que se ajusta a un discurso punitivo donde el privado de libertad ocupa nada más que el lugar de *objeto*, el rol del “pecador” que debe ser *objeto de intervención* de la autoridad. En segundo lugar, el “modelo de la liberación”, que parte del diálogo y la articulación entre las personas y entiende al preso no ya como un objeto de intervención sino como un *sujeto de derechos*. Este segundo modelo se ajusta por lo tanto a un enfoque de Derechos Humanos (DDHH). Bajo esta distinción analítica, Leguizamón desarrolla cómo el *modelo de la cristiandad* resulta en última instancia funcional a las estructuras carcelarias tradicionales, ya que no plantea su transformación sino que consolida su esencia punitiva.

Qué queda en pie de la progresividad de la pena

En “Radiografía de un discurso histórico, selectivo y excluyente”, Damián Cassani desarrolla una investigación histórica y sociológica, en la cual explora el funcionamiento del control social punitivo y su evolución histórica, desde su aparición en la Inglaterra del siglo XVIII, hasta la Argentina de nuestros días. Su trabajo se centra en el accionar del sistema penal sobre las personas que se encuentran en situación de calle: un accionar discriminatorio, selectivo y excluyente que produce una doble vulneración social: indigencia y encierro penal. Para esto, Cassani se vale de un marco teórico marxista, que vincula las transformaciones en el castigo con los cambios en la estructura económica y social. Además, desarrolla una *metodología integral*, ya que combina técnicas cuantitativas de análisis de estadísticas penales con técnicas cualitativas de entrevistas con personas que sufren esta doble vulnerabilidad (indigencia y prisionización).

En “El sinuoso camino del estímulo educativo”, Alejandro Miguel Sanz desarrolla una rigurosa investigación jurídica sobre el instituto del estímulo educativo (art. 140 de la Ley de Ejecución), que estableció un sistema de incentivos que posiciona a la educación como un derecho del detenido, pero también como una herramienta para su resocialización y disminución de reincidencia. En este sentido, su análisis jurídico se centra en primer término sobre el plano legislativo, detallando el trámite legislativo que llevó a la actual redacción de la ley. En segundo término, desarrolla un estudio de la jurisprudencia que interpretó y definió el alcance del estímulo, describiendo las corrientes jurisprudenciales que se desarrollaron a partir de la su implementación, especialmente en la casación penal nacional y federal. Este artículo representa una *investigación jurídica integral* del estímulo educativo como instituto, ya que se nutre simultáneamente de tres fuentes del derecho: doctrina, legislación y jurisprudencia.

David Pereyra, en “El ocaso del principio resocializador”, elabora un fundamentado análisis jurídico sobre la reforma legislativa conocida como “Ley Petri”, que restringió el acceso de los beneficios propios de la progresividad de la ejecución penal, e impidió su acceso a para quienes hayan cometido determinados delitos. En este sentido, Pereyra analiza las inconsistencias y problemas que trajo esta reforma, no solo desde el punto de vista jurídico-constitucional sino también desde un punto de vista de la práctica,

haciendo especial foco en las consecuencias concretas que tuvo esta legislación sobre el funcionamiento de la progresividad penal y sobre el gobierno carcelario en el ámbito federal. El autor critica las enormes inconsistencias de la nueva redacción del art. 56bis de la Ley N° 24660 de Ejecución. Asimismo, el autor realiza un análisis crítico de esta reforma legal, por no medir sus consecuencias prácticas en el sistema de la progresividad penal ni tampoco los problemas que puede presentar a nivel del derecho constitucional-convencional.

Prisiones y democracia

En su artículo “Justicia Restaurativa”, Diana Márquez describe las experiencias de las distintas organizaciones que trabajan a partir del paradigma de la justicia restaurativa: Asociación Pensamiento Penal, Fondo de Ayuda a Víctimas, Cooperativa Liberté, Víctimas por La Paz y los Comités de Prevención y Resolución de Conflictos en el Servicio Penitenciario Bonaerense. Estas experiencias tienen como objetivo construir un compromiso con la comunidad, a través de la articulación con las víctimas, las personas privadas de libertad y todo el entramado social comunitario, buscando la reparación de los daños a partir del encuentro de los actores involucrados.

Por su parte, el trabajo de Larisa Zerbino y Florencia Fernández describe el rol que ejercen las “referentas” en las cárceles de mujeres, y su participación en los Comités de Prevención y Solución de Conflictos en el SPB. Este trabajo parte de un enfoque de género y de DDHH, y estudia el fenómeno de la criminalización y el encarcelamiento femenino, así como el rol de las “referentas” y su impacto en el *gobierno carcelario*.

También encontramos el artículo de Mirta López González y Alan J. Rodríguez, quienes reflexionan sobre “El horizonte del régimen disciplinario” a la luz de los comités de prevención y solución de conflictos. Bajo esta línea, los autores analizan las características principales de este mecanismo de solución de conflictos, así como su impacto sobre las infracciones disciplinarias en el ámbito del SPB. Asimismo, detallan la evolución y funcionamiento de estos mecanismos, así como su extensión al interior del ámbito penitenciario federal. En este sentido, los comités representan “el ingreso de la sociedad a la

cárcel”, o “el acercamiento entre la comunidad libre y la cárcel”. Para los autores, los comités promueven en la práctica la pacificación de las prisiones, garantizan mayores niveles de transparencia y permiten transitar de forma más humana la privación de libertad.

En “El derecho al voto de las personas privadas de libertad en Argentina”, Lucía Gallagher y Leandro Botta Ameri desarrollan el derecho al voto de las personas privadas de la libertad, su evolución legislativa, tratamiento jurisprudencial y las estipulaciones del derecho internacional de DDHH sobre la cuestión. Además, el trabajo realiza una reflexión sobre la vinculación que existe entre el derecho al voto de las personas condenadas y la vigencia del sistema democrático-republicano en toda su extensión. Ambos autores entienden el derecho de las condenadas a votar como una expresión de ciudadanía y un ejercicio de derechos no-restringidos por el encierro. Además, el derecho de las personas privadas de libertad a votar y a participar de las instituciones democráticas constituye un ejercicio ciudadano que debe garantizarse a la luz del ideal resocializador, finalidad de la pena establecida por nuestro sistema jurídico. El fin de la resocialización exige garantizar que la persona condenada mantenga y desarrolle sus relaciones con el mundo exterior en la mayor extensión posible, sin ver menoscabados sus los derechos no-restringidos por la privación de libertad. Los autores concluyen que el derecho al sufragio de las personas condenadas representa un nuevo avance en la progresiva conquista de la universalidad del voto en Argentina.

En su trabajo, Bruno Rotta Almeida y Marina Mozzillo de Moura desarrollan el rol de los “Familiares de personas detenidas y su contribución al combate de la tortura en prisiones de Río Grande do Sul”, Brasil. Este trabajo parte de un diagnóstico de la situación de violaciones estructurales y sistemáticas de los DDHH en las prisiones de Brasil y el estado de Río Grande do Sul. En este sentido, fundamentan cómo la participación de los familiares de detenidos y los liberados contribuye de forma efectiva en la lucha contra la tortura bajo el encierro penal. En el contexto de las cárceles entendidas como escenario de victimización sistemática y violaciones de derechos, la participación de los familiares, especialmente del *Frente dos Coletivos Carcerários do Rio Grande do Sul* ha colaborado con la presentación de denuncias y testimonios sobre violencia ocurridas en espacios de encierro, aportando al esclarecimiento y visibilidad de la realidad penitenciaria más allá de la limitación de los datos oficiales. Los autores concluyen que la participación de los familiares y liberados

impacta en la gestión del orden carcelario y contribuye a la lucha contra la tortura, cumpliendo un rol reductor de los daños inherentes al encarcelamiento.

Lo que dejó la pandemia

Kevin Nielsen y Selva Nazaruka, del Comité para la Prevención de la Tortura de la provincia del Chaco, dan cuenta del impacto de la pandemia en el sistema penitenciario provincial respecto de la habilitación del uso de teléfonos celulares para los privados de libertad. Los autores analizan el impacto que ha tenido el uso libre y *no-clandestino* de teléfonos celulares por parte de la población detenida, así como sus efectos sobre las condiciones de encierro. La habilitación del uso de celulares no solo constituye una herramienta para el ejercicio de derechos no-restringidos por la privación de libertad (información, educación, esparcimiento, comunicación); sino también una medida efectiva para el acceso a la justicia y prevención ante casos de torturas y malos tratos. Los autores han realizado y analizado más de treinta entrevistas con detenidos, con la finalidad de recabar su percepción sobre el impacto del uso de celulares sobre la prevalencia de malos tratos por parte del servicio penitenciario. Se trata de un trabajo empírico que arroja interesantes resultados e invita a la reflexión sobre la temática.

Por su parte, Josué Díaz Cueto y Camila Petrone han desarrollado un riguroso trabajo que presenta puntos de conexión con el artículo de Nielsen-Nazaruka. Los autores indagaron sobre el uso de la telefonía celular en cárceles, en esta ocasión en la jurisdicción de Salta, a la luz de la normativa internacional y nacional en materia de ejecución penal. El artículo analiza la interposición de un hábeas corpus correctivo-colectivo en la jurisdicción, que enfatizó el uso de la telefonía celular y su relación con el derecho de comunicación de los detenidos. Luego, el trabajo detalla la sentencia judicial que resolvió la cuestión, la cual resultó favorable a la habilitación de los teléfonos en el sistema penitenciario provincial. Posteriormente, el trabajo repasa el tratamiento que ha tenido la normativa, jurisprudencia y doctrina en relación con el derecho de comunicación de las personas privadas de libertad. Finalmente, los autores vinculan elocuentemente el referido derecho de comunicación de los detenidos con la finalidad que nuestro derecho constitucional-convencional asigna a la pena de prisión: la resocialización.

En su artículo “Privación de libertad en la era post-COVID”, Gabriela Gusi realiza un detallado análisis sobre el impacto que la pandemia de COVID tuvo sobre el encarcelamiento. Para esto, detalla el panorama “pre-pandémico”, dando cuenta de las condiciones de detención en las prisiones de Latinoamérica y Argentina. Luego, describe el panorama durante la pandemia, detallando las recomendaciones y documentos emitidos por organismos internacionales en relación con la problemática del COVID en las prisiones; así como las decisiones judiciales que las han implementado en Argentina. La autora también analiza los efectos que la pandemia ha tenido en el encarcelamiento, poniendo especial foco en el (presunto) descenso de la población penitenciaria y la implementación de medidas alternativas a la prisión. Finalmente, Gusi detalla la realidad del sistema penal en la post-pandemia, reflexionando sobre el rol que debe tener el derecho penal: la contención racional del poder punitivo.

En su artículo “Justicia penal, pandemia y el restablecimiento del orden carcelario”, Sebastián Pacilio describe el impacto que tuvo la pandemia en la cárcel federal de Devoto, los sucesos que desembocaron en la medida de fuerza del 24 de abril de 2020 –de gran trascendencia mediática– y la represión ejercida por parte del SPF contra los detenidos. Este análisis se centra en los usos de la violencia estatal en el ámbito penitenciario federal, incorporando categorías provistas por la academia y los organismos de control de las prisiones. En un segundo momento, el autor analiza el tratamiento judicial de estos acontecimientos, a través del análisis de las causas judiciales iniciadas. Pacilio da cuenta de las inquietudes y contradicciones que presenta este derrotero judicial, y advierte la presencia de factores que tienden a la impunidad de la violencia institucional ejercida por la agencia penitenciaria. El autor busca exponer la gravedad de los hechos de violencia estatal ocurridos en Devoto el 24/4/2020, así como la existencia de serios problemas en su trámite judicial que presentan correlación con distintos factores tendientes a la impunidad e invisibilización de la violencia institucional.

Conclusiones

Consideramos que esta obra viene a llenar un espacio vacío y una deuda pendiente de nuestras Facultades de Derecho: la falta de conexión entre la dogmática jurídico-penal y

la realidad concreta de la pena, es decir, de las prisiones. Gual alertaba hace años sobre la necesidad de producir un doble movimiento: reducir la distancia que existe entre los discursos abstractos de las Facultades de Derecho y las *realidades concretas* del sistema penal; y acercar la realidad de las cárceles a los estándares del Derecho. *La prisión en el Siglo XXI* puede entenderse como la evolución y desarrollo de este planteo, ya que contiene una producción académica plural y rigurosa, generada por estudiosos del sistema penal *real*. Producción de saber que, sin relegar el aspecto teórico, dialoga directamente con la realidad carcelaria, con capacidad de intervenir y modificar su realidad desde un diagnóstico situado. Esta obra no se limita a la descripción analítica, sino que asume un compromiso con la transformación del sistema penal hacia uno menos degradante y violento; más respetuoso de los derechos y la dignidad. Un compromiso para volver las prisiones espacios menos oscuros; más democráticos.

En conclusión, se trata de una obra de pensamiento penal de carácter colectivo y colaborativo, con una metodología participativa coherente con sus objetivos propuestos: La instauración de prácticas democráticas *aún dentro* del encierro. Una lucha desde el derecho y la academia para construir una reparación de los daños causados, una regeneración de las subjetividades destruidas, y la recuperación de los lazos sociales rotos; con la esperanza de una segunda oportunidad, tanto para aquellos que han cometido errores, para que no los vuelvan a cometer; como también para quienes han sufrido estas pérdidas, para que puedan reencontrarse y seguir adelante.



Mileinials: una nueva racionalidad

AGUSTÍN VALLE (FLACSO/UNAHUR/UNPAZ)
28 DE AGOSTO DE 2023

1

Tiene mucha razón Javier Milei, y sobre todo tienen mucha razón sus votantes. Razones y vectores aún más importantes (*el corazón tiene razones que la razón nunca entenderá*). Si ya vivimos en la selva, pues voto al león, que dice que sí, que vivimos en la selva, y que a los que te la ponen cuando salís a la calle a ganarte el mango rompiéndote el lomo, hay que ponérsela más fuerte y listo, corta, y que a todos los acomodados que, encima, te la quieren explicar, cortarles el choro y que se busquen un laburo decente. Rugir y festejar. Ahora tienen miedo otros.

Rugido y risa entre tanto chamuyo solemne e impostura; hasta se ríe de sí mismo, Milei, *el Peluca*, y ya en eso ofrece más vitalidad que un elenco de caretas ajadas. Hay vida afirmándose en el *mileinismo*, con motivos que si no intentamos entender, quedaremos seguramente confinados al patético espectáculo de la indignación moral y la soberbia impotente del discurso intelectual escandalizado y que se cree superior.

2

Como las PASO son, digamos, “no vinculantes”, no definitorias, puede leerse como un espacio donde la sociedad se expresa “libremente”, dentro del estrechísimo tabicamiento del sistema electoral; y la primera minoría dio una verdadera lección a los sabiondos que se la pasan queriendo explicar. Solo que a los sabiondos les cuesta aprender lecciones. Aunque, en realidad una salvedad: es una primera minoría engañosa *de los votos positivos*; la primera minoría fueron quienes se abstuvieron (y más aún si le sumamos los blancos e impugnados). Los ausentes siempre son difíciles de interpretar (incluso la ausencia es un modo de hacerse no interpretable). Pero cabe observar un par de cosas. Una, hace meses que los medios venían hablando del ausentismo, creciente en los comicios provinciales, y del “riesgo” de un ausentismo creciente para las generales. Vía sus voceros –los medios–, el orden venía dando cuenta de una preocupación: a partir de cierto punto, el ausentismo comienza a corroer en otro nivel la legitimidad general del sistema político. Casi como narración lineal, tras esa campaña mediática la policía de la Ciudad de Buenos Aires asesinó a un militante político, Facundo Molares, reprimiendo, precisamente, una manifestación que llamaba a no votar. Morales y sus compañeros culminaban allí una campaña de denuncia del carácter farsesco de las elecciones. El orden reprime a lo que lo molesta, lo daña, lo amenaza, lo ensucia. La violencia *ordinaria* visibiliza, así, cuerpos políticos –fuerzas políticas– que el propio orden invisibiliza en sus imágenes de actualidad. El orden –el gobierno del capital, la razón de negocio– es un orden sensible, donde se distribuye qué es la realidad, y qué grado de realidad tiene cada cosa y cada quien; quién tiene verdad y quién era esperable que muera a los tiros, por ejemplo. Un *ordinario absolutismo sensible*, donde la única realidad es la mercantil, donde “el mundo” quiere tal cosa u otra...

3

Pero la primera minoría de los votos positivos tiene una consistencia de la que carece el ausentismo, en torno a esto: un líder. Alguien a quien seguir, de quien ser *seguidores*. No viene de las leyes o la militancia como los políticos de antes, ni de las FFAA como los militares políticos también de antes, ni de la empresa como Macri. Milei viene de los medios. Instalado por la televisión en el ancho de la sociedad, ganó profundidad en el sentir íntimo de la gente vía redes sociales. Lo tenés cerquita. Y es medio payaso, no se comporta “normal”, es como que actúa: asume lo falso en el reino de lo falso. Hasta hizo muñecos de sí mismo, muñeco de muñeco. Gana así poder de verdad, por su forma, antes que por su contenido. Escuché a un tipo, cuando las legislativas del 21, decir así: “yo voy a votar a Milei, está más loco que yo ese”. Algo de la pulsión actuante –de la acción– se encauza en su figura, y de una acción del orden del goce, eso que viene justo tras decir “ya fue...”, como le leí a la psicoanalista Ángeles Cuellas. Ya fue, voto a Milei.

No tiene casi partido y no hace falta partido (habla de “equipo”, como su admirador Mauricio Macri). Los partidos parecieran formas de mediación política antiguas, vetustas, propias de la era de la palabra, del discurso, de la conciencia crítica y reflexiva, de las adscripciones ideológicas fijas... Pero en las elecciones a gobernaciones e intendencias (sobre todo en las provincias en las que desdoblaron el calendario), Milei obtuvo muchos más votos que sus candidatos locales. Esto puede leerse como una falta de movilización de los aparatos partidarios traccionando en la presidencial, como escuché observar desde Tucumán a María Cisneros (hay municipios del GBA donde el candidato a intendente sacó diez y hasta quince puntos más que los precandidatos presidenciales de su lista sumados). Pero también puede verse la excitación del contacto con el líder sin mediación institucional, contacto de cercanía con lo distante, lo de “allá”, tipo “voto a este extraterrestre”. Hay mucho de la subjetividad mediática, conectiva, en la lógica de sentido del mileista. Tendencia, seguidores, clicks. “Movilizar al aparato” hoy nombra también un agite vía celulares que penetra capilar y reticularmente con una eficacia palmaria. El líder se presenta cerca desde la nube. Algo de salvador que cae del cielo –la nube– a soplar la corrupción terrenal –*mi ley*–. Mirando sus posteos, leyendo los comentarios de sus seguidores, es evidente que supo canalizar grandes flujos de las masivas creencias evangélicas (por no decir la subjetividad evangélica), mucho más que Juntos por el cambio,

y ni que hablar que el católico peronismo (el catolicismo también es un aparato viejo, centralizado, pesado, y el evangelismo una red que celulariza al cristianismo).

4

El líder viene a prender fuego este mundo infecto. Eliminar, eliminar, eliminar. Tachar, suprimir: la “cultura de la cancelación” hecha *modus operandi* político. Incluso a sus “disidentes” internos, con quienes hubo desacuerdos en su fuerza, todos quedaron afuera *inmediatamente*. No es “Milei”, es una nueva racionalidad. Que para los restos de la subjetividad ciudadana, ilustrada, alfabética, librezca, disciplinaria y demás, resulta una excentricidad, irracional. Pero no: la conversación, la negociación, las técnicas dialógicas en general son producidas en el humano —o no— por dispositivos, que las organizan, encauzan, promueven, acostumbran, que las hacen subjetividad. Ser capaces de sostener una convivencia con tensiones, sin resolverlas —*quedarse en el problema*, dice Haraway—, habitar un campo de fuerzas atravesado por contrariedades, tener que ponerse de acuerdo, era más necesario para el ciudadano de la era Gutenberg y las instituciones de encierro, mas no tanto para los sujetos subjetivados por las burbujas algorítmicas y las técnicas de suprimir, cancelar, deshacer, bloquear, mutear, mandar a la nada con un dedo, al afuera de la pantalla. Mover la moneda en una timba digital que financieriza el cotidiano; soñar con pegarla en algún momento, pararse, hacerla. Mientras, eliminar, eliminar, eliminar. Que se vayan todos.

5

Claro que este leonismo tiene un fondo cobarde. Su insurgencia, su revulsividad, se apoya en una obediencia primera. Porque se ataca una serie de cosas, aglutinadas en “los políticos”. Pero no es el único blanco, sino el eje con que enhebran también al feminismo, la universidad pública, los organismos de derechos humanos, las los gays y trans, etcétera. “La casta tiene miedo”, y en efecto, si hay desplazamientos políticos, se redistribuye el miedo (hasta podría decirse que la política es una redistribución de los miedos...). “Que se vayan todos...”. ¡La consigna que por izquierda se dio por perdida! Tuvo potencia “izquierdista”,

acontecimental y destituyente, negativista y por eso aperturista de nuevas zonas de posibles, una potencia de potenciar lo frágil, *lo que aún no*, como dice Natalia Ortiz Maldonado. Renunciamos a ella en pos del encauce o delegación de la movilización social en el kirchnerismo. Como renunciamos a la palabra “libertad”, ¿no? Aunque quizá a esa no renunciamos: perdimos. Pero los goles que no hacés, te los hacen a vos, y las palabras que soltás, las toma el enemigo. Entonces la libertad es ahora la libertad pura de mercado, es decir, la crispación de las reglas últimas de la sociedad. Se pretende borrar a la política porque se niega que el capital mismo, que las reglas mismas del capitalismo son el estructurador político central de la sociedad, el más nodal y profundo organizador de jerarquías, mando, asignación de derechos y potencias a cada sujeto en la sociedad. Milei se rebela a la autoridad kirchnerista, pero en realidad no hay autoridad kirchnerista: Milei expresa su caída, pero la mitifica en su discurso. La verdadera casta, la más enquistada casta de la sociedad, que vive con obscenos privilegios, con descomunales riquezas, e influencias que tuercen casi cualquier regla social, y todo gracias al trabajo ajeno, lógicamente (la riqueza *consiste en* trabajo ajeno), la casta con resortes de poder más cronificados, con recursos de blindaje sistémico envidiables para la mayoría de “los políticos”; los mega ricos, los magnates, los multimillonarios, los grupos de inversión foráneos y sus agentes locales, esos no tienen miedo. El paisaje ordinario los naturaliza como rocas basales: no estrictamente invisibles, pero tan dados por sentados que no se les observa. Esos, los que ganan una plata que en consumo ninguna persona puede usar, o sea que ya no es simplemente plata, es poder, es *dueñitud*, esos no tienen miedo (a lo sumo preocupación porque Milei gane y no sostenga la estatalidad que los negocios de buena parte del mercado capitalista necesitan). Incluso son glorificados, son los ídolos –la presunta rebeldía pretende *ser como ellos*, vivir como un rey... gracias al laburo ajeno–. “La diferencia entre un burócrata en actividad y uno que aspira a sucederlo es de posición y no de cualidad”, dice el Ruso Sebastián Scolnik que decía Cooke. ¿Cabe lo mismo para un explotador? ¿Un laburante que aspira a pasar a ser dueño y patrón tiene una diferencia de posición y no de cualidad con quienes viven tomando plusvalor del trabajo ajeno? En todo caso, que los trabajadores se piensen a sí mismos bajo racionalidad empresarial, es el triunfo máximo del capital. Pero suponer cristalización ideológica en los votos a Milei es un error; quizá más bien haya que pensar en un modo de autogestión de las intensidades, que ahora encontró cauce ahí, en este leonismo reactivo, estéril de facultad creadora, pero más vital que el posibilismo inerte.



La persistente hacienda

Chile y la imaginación política

MAURICIO AMAR (UNIVERSIDAD DE CHILE)
11 DE SEPTIEMBRE DE 2023

Habría que tratar de no hablar obviedades sobre los cincuenta años del golpe de Estado. Pero en los últimos años nada ha sobrevivido como obvio. Las pulsiones fascistas reconvertidas en neoliberales pueblan todos los titulares de la prensa, todas las conversaciones televisivas que intentan explicar que, de alguna manera extraña, octubre de 2019 fue un desliz dentro de un proceso virtuoso. Un proceso que se inicia con la violencia, la tortura, el encarcelamiento, la desaparición forzada, los cuerpos arrojados al mar, las violaciones sexuales, las ejecuciones sin piedad. Y hoy aparecen infelices sonrientes para decirnos que consideremos la economía, el desarrollo o, peor aún, el orden, porque Chile sería en América Latina el país más ordenado y desarrollado. Todo porque gracias a ese proceso violento que se inició hace cincuenta años, los mediocres y antiguos terratenientes y los

nuevos ricos se convirtieron en empresarios monopólicos, dueños de lo que comemos, de las calles por las que caminamos, del subsuelo que nos sostiene.

Hay quien dice que Chile es un país extraño, esquizofrénico. Que pasa de un día en revuelta otro de extrema restauración. De un proceso destituyente a otro totalmente inverso, con votación popular de por medio, en el que la extrema derecha comienza a escribir una nueva constitución, teniendo como base la que redactó Jaime Guzmán en 1980 y que no desearían cambiar. Extraño y violento proceso que nos indica que después de cincuenta años la izquierda, con todos sus desdibujos, sigue siendo una minoría, habiendo perdido en el proceso incluso el único suelo en el que puede entenderse y explicarse a ella misma, el pueblo.

Pero no me parece que de una esquizofrenia se pueda hablar realmente, porque la cuestión nunca ha sido estar partido en dos o más, sino del predominio del uno y la anulación de lo múltiple. Chile, tanto su clase dominante como gran parte de la población, es paranoico. Ve esencias fijas e inamovibles en el derecho, en los símbolos patrios, en los límites del territorio cartografiado por la Armada. Y esto forma parte del mundo simbólico de la derecha y de la izquierda, si es que podemos usar ese último nombre. La demanda boliviana de una salida al mar es rechazada por todo el espectro político con el argumento de las guerras ganadas y los pactos firmados a la fuerza. El derecho, en este sentido, es el dispositivo guardián de la paranoia simbólica. En él se funda el miedo a que las cosas puedan ser ordenadas de otra manera, a que proliferen la imaginación política.

La paranoia, sin embargo, es tanto una condición como una herramienta. El derecho hace proliferar la paranoia, la hace llegar hasta las poblaciones, las zonas rurales, creando una subjetividad del temor. Temor a lo distinto, a las transformaciones, a los inmigrantes, a la ausencia de un patrón que diga cómo se debe hacer, hablar y pensar, con «derecho de pernada» incluido. El patrón, el dueño del fundo o el empresario, se presenta como último estadio de la evolución a la que los ciudadanos jamás llegarán. Es una imagen del pensamiento rígida que no puede faltar sin pasar a llevar el sentido común. Entonces, nos metemos en una estructura que parece hacer circular estos sentidos, que los muestra como único horizonte de mundo. Se trata de la *hacienda*, ese constructo espacio-temporal del que Chile no ha salido y que determina tanto el

principio de origen como las líneas del destino. La hacienda es anterior al derecho y la paranoia. De ella se forma incluso la idea de nación. Se es chileno cuando se acepta la hacienda, cuando se jura implícitamente que no se saldrá de ella.

Esto no significa que en Chile no exista pueblo o líneas de fuga de la imagen del pensamiento hacendal. La revuelta de octubre de 2019 fue pueblo en escena, suspensión del tiempo de la hacienda y proyección de la desarticulación de las lógicas de rendimiento neoliberal que rigen desde la dictadura militar. La escena abierta por la revuelta tampoco será cerrada, así sin más, por el hecho de que haya sido derrotada y en su lugar se haya montado lo que podríamos llamar una escena fascista-neoliberal. Por cierto, que la revuelta persiste ya no como una actualización de las fuerzas populares, sino como sustento imaginario en el que toda lucha del presente y del futuro debe pensarse. Sí, la derrota es parte de las posibilidades, pero solo la paranoia podría asegurar, nuevamente, que lo que ha sido derrotado (Bolivia, los mapuches, la revuelta) ha quedado para siempre en el museo de los trofeos de la élite. Ella, detentadora última de la violencia de la hacienda, quisiera eso.

Todo proyecto político en Chile debe partir y tender hacia la destitución de la hacienda. Tales posibilidades, por supuesto, están en su peor momento. La izquierda ha renunciado hace mucho tiempo a crear nuevas formas de vida, contentándose con llegar al poder ejecutivo y administrar mal lo que no puede ser de otra manera. Y claro, el asunto sigue enfrascado en los tiempos de votación, en las miserables campañas electorales en que la hacienda se pinta de democracia y la democracia de publicidad. Mientras tanto, la hacienda establece que las personas no tienen ningún derecho a decidir sobre cuestiones determinantes para sus vidas: el uso y explotación de los recursos naturales de su país (bosques, agua, minerales) en el contexto del cambio climático, el entorno más cercano de las áreas verdes, espacios de recreación y deporte o las relaciones con la producción y el trabajo, altamente precarizados por el modelo neoliberal. En otras palabras, en Chile las personas viven bajo la dictadura hacendal en todos los aspectos centrales tanto para lo inmediato como para el futuro de sus vidas. Y si esto le parece bien a la mayoría, no tiene que ver más que con la propia reproducción del mundo simbólico hacendal, del que la democracia limitada que tiene a un presidente «de izquierda» en la Moneda no es más que un mal síntoma.

Si bien la mayoría de los votantes chilenos se alzó contra la propuesta de la Convención Constitucional de 2022, hay que hacer notar que cuando gana la hacienda no hay celebración popular. ¿Por qué la mayoría no celebra? Quizá no se produce mucha excitación cuando ganan los intereses del patrón, aunque se les haya apoyado. El triunfo del orden hacendal nunca es el triunfo de un pueblo. No trae consigo la fiesta porque su función es contener, sostener el *status quo* de la paranoia. Con el triunfo hacendal se conservan los símbolos, la bandera y los escudos patrios vuelven a intoxicar el cuerpo definiendo sus bordes identitarios.

Hay, de todas maneras, una cuestión que los triunfos electorales de la derecha han obnubilado. Se trata de qué debe entenderse, en última instancia, por mayoría. Subsumir la política al interior de una cronología hacendal de elecciones, donde lo que se expresa es precisamente la atomización que rige el proceso de individuación neoliberal, impide comprender qué significa ser una mayoría política. Esta no se reduce a una mayoría censitaria ni de sufragio, sino que se conforma a partir de una intensidad y fuerzas cualitativamente distintas a las de la población. La revuelta es manifestación de una mayoría política que la élite puede aplastar de dos formas. A través del uso de la fuerza, que sabemos se aplicó implacablemente en Santa María de Iquique en 1907, en la dictadura cívico-militar comandada por Augusto Pinochet entre 1973 y 1990 o, guardando por supuesto las dimensiones, durante la revuelta de octubre de 2019, en la que miles de personas padecieron la represión policial, dentro de las cuales, más de cuatrocientas sufrieron algún tipo de daño ocular. Bien, tenemos este mecanismo, muy conocido y usado, que delata, en última instancia, cómo la hacienda funciona como régimen policial cuando sus principios son cuestionados, cuando aparece el pueblo.

La segunda manera es precisamente la de la democracia sufragante. Es evidente que este espacio no puede ser simplemente desechado, especialmente cuando la polaridad electoral indica la posibilidad de que llegue a un cargo de representación la ultraderecha. Sin embargo, debemos saber el alcance de este mecanismo, su lugar dentro del tinglado de otros mecanismos que conforman la hacienda. En el momento oportuno, la votación ha servido para sacar a un dictador de su cargo y, ahora, para elegir a un presidente como mal menor. Sin embargo, en ambas ocasiones pintadas de épicas, lo que se ha producido es el reforzamiento de una forma de vida en que, en última

instancia, la élite sigue dominando la hacienda. Así, el No a Pinochet de 1988 fue el mecanismo por medio del cual se perpetuó el neoliberalismo y el extractivismo hasta nuestros días. Y así, tras elegir al mal menor en 2021 nos vemos enfrentados a sendas derrotas en las cuestiones más importantes (el fin del neoliberalismo, del extractivismo y el reconocimiento de los derechos medioambientales). Tras los principales triunfos de los sectores «progresistas» se esconde la mantención de las estructuras de poder de la hacienda y esto no es una casualidad, pues el marco simbólico en el que existen estas elecciones es el que ha dictado en 1833 Diego Portales, actualizado en la figura de Guzmán.

Cualquier búsqueda política por transformar Chile, es decir, por hacer aparecer una imaginación política que supere el orden hacendal, debe partir por el doble gesto de destituir y recordar. Destituir los tiempos de la productividad neoliberal, destituir los esencialismos sobre los símbolos patrios, destituir el individualismo y la buena conciencia que le atañe, destituir, por último, la idea de cambio, cuando esta ha sido utilizada para que todo siga igual y lo sabemos. Recordar, en cambio, la revuelta, recordar el ocio, recordar la naturaleza, recordar lo amable y lo inapropiable. Tal vez, algún día, por medio de un recuerdo de este tipo la revuelta anuncie, como decía Furio Jesi, el pasado mañana, y en Chile la hacienda comience a resquebrajarse.



El abandono de la cultura escrita

FERNANDO PEIRONE (UNPAZ/UNSAM/UNC)
14 DE SEPTIEMBRE DE 2023

A mi amiga Claudia Fagaburu

Estamos frente a una nueva humanidad
Michel Serres

La escena que inicia esta nota sucedió poco tiempo atrás en una universidad argentina, aunque podría haber sucedido en muchos otros lugares. Decir universidad puede predisponer a pensar en un suceso acotado, como cuando las personas abogadas glosan sobre la vida tribunalicia, o las médicas y las enfermeras hablan sobre un virus intrahospitalario; pero en este caso se trata de algo mucho más propio, cercano, extendido y común de lo

que cualquiera podría suponer. Por eso propongo dejar de lado las certidumbres y tomar a esta escena como un ejercicio inusual; como cuando se recorre un itinerario habitual desde otro lugar –en sentido inverso o en un horario diferente al que lo hace diariamente–, y se descubren muchas cosas que siendo familiares revelan aspectos inesperados.

La anécdota ubicua

A comienzos de junio, un profesor de la materia Organización del Estado dedicó la primera parte de su clase a repasar lo que habían visto hasta ese momento y a evacuar dudas sobre el parcial que tomaría la semana siguiente. Después de ver la unidad en donde habían trabajado los “tipos de gobierno” y sus correspondientes formas de ejercer el poder, pensó que debía ser gráfico; entonces dijo: “una posible pregunta de parcial sobre esta unidad sería: Enumere qué tipos de gobiernos tuvo la República Argentina en la década del setenta. De sus definiciones y describa sus respectivas características”. Después se dirigió a una joven estudiante que había estado prestando atención, y le preguntó: “Sin dar sus definiciones ni sus características, porque en esta instancia no hace falta, ¿te animás a decirnos qué tipos de gobierno tuvo nuestro país durante ese período?” La estudiante, después de unos segundos en los que pareció buscar el tono adecuado, le contestó: “a mí no me gusta la política, profe”. La respuesta, que, como el emoticón, acompañó con sus dos palmas para arriba, no fue desafiante ni jactanciosa; por el contrario, fue cuidadosa, como cuando alguien es agasajado con un plato especial y debe pedir disculpas porque no le gusta el pescado. El profesor comprendió cabalmente el tono de la joven, aunque no pudo evitar el estupor que le causó la frase; así que, con plena consciencia de su rol, puso especial atención en eludir el regaño o el reproche, y elaboró una respuesta acorde al desafío, que tenía a todo el curso expectante:

–Esa no puede ser la respuesta de una estudiante universitaria. Sobre todo en un país como Argentina, donde hubo mucha gente que luchó y sigue luchando por la educación pública. Les voy a dar un ejemplo. Para que este edificio resulte confortable y puedan estudiar su carrera de forma gratuita, el Estado invierte mucho dinero que proviene de los aportes que hacen los contribuyentes con sus impuestos. La posibilidad de que todos puedan ir a la universidad, más allá de los resultados personales, es una decisión política

y es una conquista frente a quienes piensan a la educación como una empresa y quieren someterla a la lógica del mercado. En el tiempo que llevan aquí, habrán notado que la universidad es mucho más que estudiar una carrera y recibirse: es el intercambio con las y los compañeros, es participar del debate social, es dinamizar la economía territorial del lugar en que está emplazada. La política es el instrumento que tiene la población para discutir el país que quiere y la educación que se necesita para lograrlo: si quiere un país que brinde oportunidades para todas y todos, o si deja que solo tengan oportunidades quienes pueden pagar una educación de calidad. En este sentido, desentenderse de la política es desentenderse de la vida en común, y eso es algo que ningún estudiante debería permitirse si quiere ser un profesional que esté a la altura de lo que ha logrado gracias al esfuerzo de todos sus compatriotas”.

Para alguien que, como este docente, nació en el siglo XX y que por lo tanto se formó bajo el influjo del positivismo y el espíritu de la ilustración, la respuesta de la estudiante posiblemente sea atribuida a la ignorancia. Para un militante de los setenta, probablemente sea un emergente de “la apatía y la falta de compromiso que caracteriza a los jóvenes actuales”. Para un libertario, tal vez sea un imperioso acto de rebeldía contra la casta política. Pero: ¿si no fuera ninguna de esas cosas?

El cambio en la matriz de la narrativa social

La expansión de la cultura audiovisual no es un fenómeno reciente. En los últimos cien años dio lugar, entre otros hitos, al género cinematográfico, al lenguaje televisivo y a la cultura de los videoclips. Durante ese proceso se fue despojando del binarismo, la linealidad, las jerarquías y las categorías que subordinaban su narrativa a la cultura escrita, para empezar a desarrollar otras formas de representación simbólica, más específicas de su lenguaje. Hoy, la cultura audiovisual tiene entidad propia y se afianza diariamente incorporando una gran diversidad de recursos técnicos. Como consecuencia de ese proceso no solo se está reemplazando la matriz escritural de la narrativa social, sino que además se está desplazando al logocentrismo como la forma hegemónica de Occidente para contar, expresar y conocer; es decir: para construir sentido.

Para quienes fuimos formateados por la cultura moderna, este es un escenario que genera mucha inseguridad, porque implica: 1) vencer reflejos que tenemos condicionados por la cognición logocéntrica, donde todo conocimiento necesita ser confirmado y legitimado por las capacidades lógica, analítica, deductiva y explicativa que provee la razón; para empezar a 2) conocer, experimentar, contar y valorar a partir de un orden simbólico diferente; esto es: 3) abrirse a una composición de sentido que –por extraña– puede producir vértigo e inseguridad. Sin embargo, este escenario se ha vuelto irreductible y en la medida en que no asumamos la gravitación que este corte epistemológico tiene en nuestras vidas, en las prácticas sociales, y en la crisis multidimensional que atraviesa el mundo, seguiremos naufragando en el desconcierto y la impotencia; peor aún: nos exponemos a dejar que el efecto dominó que comenzó erosionando el principio de autoridad, y que continúa con el actual debilitamiento de las instituciones, termine deslegitimando al sistema democrático como modelo de convivencia.

La escritura es un gesto comunicacional que no solo alinea signos y palabras, también organiza ideas y establece un orden que –gramática mediante– se proyecta en lo social. Conectar una palabra con otra es una manera de organizar el pensamiento a través de una linealidad que tiene un principio, un desarrollo y un fin; lo cual, implícitamente, ha inoculado las ideas de secuencialidad y de progreso que nos inscriben en un encadenamiento causal. En este sentido, la escritura describe la trazabilidad colectiva utilizando mojonos espacio-temporales que organizan la consciencia histórica en una cronología común; esto es: fechas, líderes, batallas y monumentos que nos filian al pasado, pero también sueños, utopías y aspiraciones que moldean el imaginario social sobre el futuro. Los géneros en que se fue desagregando la cultura escrita, funcionaron como cajas de resonancia de la narrativa universalizante, continua, etnocéntrica y patriarcal que identifica al orden logocéntrico. Pensemos, si no, en los efectos formativos de la tragedia, la comedia, la *paideia*, los tratados filosóficos, los diálogos, la poesía, los documentos científicos, la crítica, las biografías, la oratoria, los relatos de viajes, las memorias, los epistolarios, las confesiones, las novelas, los ensayos, los discursos políticos, los manifiestos, los manuales, los diccionarios, las actas y los reglamentos institucionales. Por eso el desplazamiento de la cultura escrita a mano de la nueva matriz narrativa –donde convergen la cultura audiovisual, la hipertextualidad y otras formas narrativas–, impacta

en la vida cultural, educativa, política, jurídica y laboral: 1) porque su gramática caotiza las referencias y dimensiones que durante tres mil años organizaron la experiencia social a caballo de la escritura; 2) porque la asimilación global de una narrativa espasmódica, fragmentada, convergente, aluvional e inmediata como la actual, no solo atenta contra el sustento lector en que se apoyan —por caso— la política y la educación, sino todas las referencias teórico-prácticas con que pensábamos, abordábamos, explicábamos y organizábamos la experiencia personal y social.

Un antecedente orientador

El pasaje del pensamiento mítico al pensamiento lógico, ocasionó un cisma similar ya que, sobre todo, fue un cambio en la matriz de la narrativa social. Cuando las culturas primitivas abandonaron el nomadismo y se asentaron en territorios permanentes, los relatos míticos (de carácter “emocional-individual”) empezaron a revelar una creciente disfuncionalidad. El nuevo orden social demandaba una comunicación más lógica (de carácter “racional-social”) y la acción comunicativa fue virando de una narrativa basada en relatos preventivos a otra que tenía la capacidad de construir relatos propositivos. En Occidente, fue lo que dio lugar al pensamiento presocrático y a la posibilidad de medir distancias, vadear ríos, observar los astros, dividir el tiempo, y realizar las primeras dramatizaciones sociales utilizando versos cantados o diálogos públicos. Fue, también, el origen de las ciudades-estado, un nuevo tipo de organización social, política, religiosa, administrativa y económica que creó las condiciones para que esos protoestados pudieran federarse y diseñar estrategias articuladas. El intercambio comercial y cultural entre aquellas sociedades particularmente complejas que iniciaron el camino civilizatorio de Occidente, se apoyó fuertemente en la escritura y los números decimales: un sistema comunicativo dual que les permitía procesar datos y almacenar información mediante el ordenamiento de signos.

Hoy, como sucedió con el lenguaje mítico, el soporte escritural de todo el andamiaje discursivo, argumentativo, comunicativo y organizativo en que se apoyan las instituciones modernas defeciona frente a la nueva dinámica social. Lo podemos ver en la creciente disfuncionalidad del orden institucional, en la pérdida de confianza que experimentan las

instituciones junto a las corporaciones que las conducen y administran, o en las tensiones que genera la fuerza inercial de la modernidad frente a las formas disruptivas del devenir social: porque la legitimidad de las representaciones políticas está mellada; porque buena parte de la normativa jurídica ha caído en desuetudo, volviéndola ineficaz u obsoleta frente a las demandas y las conflictividades emergentes;¹ porque las ciencias sociales —y sus métodos— presentan serias dificultades para “leer” las escenas sociales; porque las vanguardias culturales se desconectaron de las experiencias de a pie; porque la formación profesionalizante se aleja cada vez más de la dinámica laboral; porque los tutoriales en YouTube, Instagram, Tik-Tok junto a la inteligencia artificial, interpelan los procesos escolares; porque las religiones —a diferencia de la cultura audiovisual— siguen reproduciendo los principios comunicativos de la poética aristotélica; y porque los prejuicios monistas de la metafísica general impiden dialogar con la “pluralidad ontológica” actual. Esta múltiple ruptura de la interlocución social, generó un estado de inermidad en la progresía. De hecho, en línea con lo que venimos diciendo, las izquierdas que históricamente montaron su tecnología política en torno a dispositivos narrativos de base escritural, hoy ven declinar la eficacia de sus recursos argumentativos y de sus discursos propositivos, porque no pueden procesar ni asimilar la nueva construcción de sentido y, consecuentemente, no consiguen elaborar una interlocución social en el registro comunicacional de la nueva matriz narrativa. Mientras tanto, las derechas demuestran una gran versatilidad para aprovechar esa interrupción comunicativa y el creciente descontento social, porque sus objetivos les permiten prescindir de las argumentaciones y enfocarse en soliviantar emociones primarias utilizando recursos audiovisuales que les resultan muy propicios, como los memes, las *fakes news*, los recortes re-animados y el *streaming*.

La tendencia autonomista que atraviesa a los movimientos feministas y los movimientos ambientalistas dialoga con este escenario de representaciones e interlocuciones fallidas; como las nuevas subalternidades dialogan con el abandono de los más vulnerables y la multiplicación de migrantes y refugiados de guerra; o como las desapariciones sociales perpetradas por el narcotráfico dialogan con el asedio a los Estados nacionales y la conformación de estados paramilitares paralelos.

1 Desuetudo es un término jurídico que se utiliza para referir la obsolescencia o el desuso de una ley o norma con el paso del tiempo.

La deshistorización

Otros efectos significativos que sobrevinieron con este cambio en la matriz de la narrativa social son: la discontinuidad del tiempo reflexivo y la relativización de lo histórico a partir de la fragmentación del tiempo común y la emergencia de un presente continuo que descompone el orden explicador. La escena del profesor y la estudiante que mencionaba al principio se puede analizar a la luz de este resquebrajamiento de la temporalidad social. Esto no quiere decir que dejamos de ser contemporáneos, quiere decir que el orden escritural que proporcionaba contextualización, instrumentos de lectura e ilusión de universalidad asociado a variables como el tiempo, el espacio, la tradición, la presencialidad y el porvenir, ha sido intervenido por un orden narrativo post-alfabético que prescinde de los contextos comunes para ofrecerlos segmentados, digitalizados, ubicuos, customizados, recreados y recombinados sin solución de continuidad. Lo cual incluye, como un factor decisivo, fuentes de socialización no-institucionales que —a través de celulares y entornos digitales— introducen una temporalidad que compite con la familia y la escuela, como las instituciones que ordenaban la experiencia del tiempo y proporcionaban las referencias que inscribían los procesos de socialización y subjetivación en una historia común. Esto rompe la correspondencia entre la historia y el nuevo mundo de la vida; y al mismo tiempo evidencia la necesidad de un modelo organizacional acorde a la nueva dinámica social, porque es evidente que la sociedad se piensa, se relata y se construye de otra manera. Es decir, nos relacionamos con un mundo donde los procesos de subjetivación ya no se condicen con el sujeto cartesiano, como los procesos de socialización ya no se condicen con la idea de sociedad que tenía en el Estado-nación su molde cognitivo y el continente de todas las categorías sociales.

Lo político pierde fuerza e interlocución y, por supuesto, pierde representación, valor e interés. A partir de lo cual, la política es identificada con el viejo mundo, como ocurrió con la religión católica durante la modernidad, solo que esta vez de un modo vertiginoso y arriesgado: 1) por la lógica palaciega y superestructural que predomina en buena parte del orden político; 2) por la despersonalización que sobrevino con el reemplazo de la militancia territorial por la militancia virtual; 3) por las limitaciones epistemológicas para pensar un nuevo orden político; y 4) por el modo en que —producto del miedo y la

desesperación—, se está comenzando a delegar la administración de lo social en la algoritmización y la inteligencia artificial.

¿Esto significa que la política ha muerto o que lo político pierde sentido? No. Significa que ya no podemos hablar de política sin considerar la emergencia y la consolidación de una dinámica social que está cambiando la dialéctica entre lo individual, lo institucional y lo colectivo de manera decisiva. Significa que ya no podemos observar el crecimiento de las derechas racistas y el afianzamiento del modelo de acumulación tecno-financiero como fenómenos aislados del interregno político-institucional que atraviesa la sociedad. Y que no podemos seguir obstando el rol protagónico de las juventudes, porque son quienes —en consonancia con la actual mutación tecno-antropológica— están instituyendo una codificación cultural y una politicidad que —si bien— sucede en un registro comunicativo alejado de la experiencia social e institucional de los adultos, resultan vitales para instituir la significación —todavía en disputa— del orden social emergente.

Estamos, en definitiva, frente a un nuevo tipo de racionalidad que reconfigura todas las dimensiones sociales, incluida la de una politicidad que ya no se organiza en función del orden logocéntrico. Porque explora nuevos sentidos de la vida, porque se organiza en torno a nuevas lógicas relacionales, porque asume y asimila modos de existencia que no están siendo contemplados, y porque incorpora al sistema-tierra y a la habitabilidad del planeta como variables fundamentales de su régimen de acción política.

La política me deja afuera

Volviendo a nuestra anécdota, tenemos por un lado la potencia argumentativa, la coherencia ideológica y la razón que asiste al profesor en su refutación, emitida en un registro que a los adultos nos resulta cómodo y familiar. Por el otro, a una joven estudiante que cuando le dice “no me gusta la política”, se infiere: “tu política me deja afuera. No tiene nada que ver conmigo, ni con mi vida, ni con mi futuro”, “tu política no me calienta”. Estupor y coraje amparados en dos cosmovisiones que ya no comparten el mismo lenguaje, dos razones en un mismo contexto de incertidumbre. Pero, fundamentalmente, dos grupos etarios con responsabilidades desiguales.



“A los fondos buitres les interesa el país que propone Milei”

ENTREVISTA A FERNANDA RUIZ
POR MARIANA PERCOVICH (UBA/UNPAZ) Y DIEGO CONNO (UBA/UNPAZ/UNAJ)
26 DE SEPTIEMBRE DE 2023

“Sería suicida no dar la batalla política en la territorialidad digital” afirma María Fernanda Ruíz, docente de Comunicación, especializada en convergencia de medios y ecosistemas digitales, integrante del colectivo “Mueve Argentina”. “Si no entendemos que el territorio físico y digital constituyen un solo territorio y que ahí se constituye nuestra subjetividad, no podemos desarrollar una estrategia política que esté acorde a este tiempo histórico”, repite a los que le dicen “hagamos algo” ante el avance de la ultraderecha y remarca que “tenemos que tomar conciencia que está en disputa el algoritmo” Para ella, una concepción reducida de la comunicación y la tecnología hacen que la política se quede hablando sola.

Fernanda Ruiz se desempeñó en distintas campañas electorales de América Latina, y también coordina la comunicación del Centro Cultural Kirchner y Tecnópolis.

Mariana Percovich y Diego Conno: Desde Mueve Argentina, ¿qué análisis hicieron de la comunicación de La Libertad Avanza en la territorialidad digital?

Fernanda Ruiz: Nosotros como colectivo de comunicación política venimos trabajando desde el 2016 motivados por la experiencia de Cambridge Analytica¹ y porque Macri había ganado las elecciones en Argentina. Creo que unos meses antes de que eso ocurriera, era tan impensable como que Bolsonaro gobernara Brasil o Trump los Estados Unidos. Ahora es la insólita idea de que Javier Milei tenga la posibilidad de gobernar la Argentina.

Venimos estudiando esos procesos de manipulación de datos a gran escala de modo ilegal. Empezamos a hacer analíticas, en 2016, de un modo primitivo, que era como podíamos tratar de mapear las disputas simbólicas en el territorio digital. Nos dábamos cuenta que la derecha había comprendido que había un territorio en construcción de subjetividades y de disputas simbólicas y emocionales que transcurre en internet; y que realmente no había conciencia en los partidos políticos y en organizaciones del campo popular de la dimensión que ya tenía en ese momento esa territorialidad digital.

Entonces, venimos estructurando un paradigma para el desembarco de las organizaciones populares en esa disputa simbólica. En ese momento con cinco ejes de trabajo. En primer lugar, la Analítica, que es de lo que deriva en el informe de Milei que ahora está circulando;² analítica de coyuntura: todas las semanas hacemos un informe que analiza las disputas, desde las tapas de los diarios hasta los comentarios en las redes sociales, las búsquedas e intereses de los distintos segmentos sociales sobre temas de agenda y coyuntura.

1 En la década de 2010, la consultora británica Cambridge Analytica recopiló datos de millones de usuarios de Facebook sin su consentimiento, principalmente para utilizarlos con un fin de propaganda política.

2 <https://argentina.mueve.digital/la-libertad-avanza/>

Ese eje de la analítica nos parece estratégico y fundamental, por la mala costumbre de creer que todo empieza cuando uno toma la palabra y de despreciar que hay una semiosis previa, que hay un campo de disputa simbólica que antecede la toma de la palabra, nos encontramos perdidos por momentos. Entonces la analítica es siempre lo primero. Y no por casualidad, sino porque es desde donde fundamentamos la estrategia de comunicación política. Usamos técnicas cualitativas y cuantitativas, análisis de escucha social. Todo eso nos permite comprender el territorio para poder intervenir estratégicamente.

Los otros cuatro ejes son: en segundo lugar, la formación de las militancias. Creemos que el campo popular tiene un enorme e incommensurable potencial que son los pueblos con palabra propia. Algo que envidia la derecha, el neoliberalismo e incluso la ultraderecha. El problema es que no hemos constituido una comunidad organizada en esa disputa y en ese territorio todavía. Tercero, la producción de contenidos en plataformas de comunicación. El cuarto eje es el desarrollo de tecnologías soberanas. En esta etapa histórica, no hay soberanía si no hay soberanía tecnológica. Quinto, la articulación. Somos millones de nuestro lado de la historia en todo el continente, pero nos cuesta articular nuestras voces. Es lo que está pasando ahora: las bases del campo popular, del peronismo, del kirchnerismo están desesperadas por ser conscientes de lo que puede llegar a ocurrir en el país, pero no están articuladas. Esta vitalidad y esta desesperación, que hay en este momento, es muy sana, aunque angustiosa. Estamos tratando de estructurar una articulación en todas esas voces para potenciarlas.

MP y DC: ¿Y cómo podría darse esa articulación?

FR: Hay como un reclamo angustioso de una conducción. Que nos digan que hay que hacer. Pensamos que eso no va a ocurrir, que es tarde para seguir esperando que ocurra. Entonces interpretamos esto del “bastón de mariscal” como una consigna política de protagonismo en las bases políticas de este país para tomar la palabra.

En este momento nos llegan literalmente miles de pedidos por día de lo que podríamos denominar “hagamos algo”. Creemos que ahora el peor error sería tratar de conducir esa efervescencia, hay que articularla.

MP y DC: ¿Cuál es la diferencia con lo que se está haciendo?

FR: Lo que se está haciendo creemos que no daña, pero subestima la potencialidad de la comunicación militante. Lo que hace es generar estructuras de difusión del centro a la periferia con grupos de WhatsApp en los cuales se envían contenidos que son los contenidos de las redes oficiales, o sea que ya toda la militancia los tiene. No hay novedad. Y además la dirección de esa comunicación es punto.Massa (*.massa*). Es como la vieja comunicación: hay un centro, un núcleo que le manda a todas las militancias por igual lo que considera que hay que difundir. El rol de difusión es un rol importante pero es solo un aspecto de lo que hay que hacer para ganar la elección. Es un desperdicio también por el enorme capital cultural, simbólico, estético y político que tiene el pueblo argentino que está desesperado y angustiado para evitar la catástrofe. Entonces lo que nos estamos proponiendo hacer es generar una estrategia mediante la cual definamos tres tipos de actores sociales: 1) *los generadores de contenido*, que pueden ser colectivos o singulares 2) *los que tienen plataformas digitales de comunicación con comunidades constituidas*, segmentadas y 3) *la militancia comunicacional*, que no la concebimos como un simple repartidor de volantes de una esquina de internet, sino como un hacedor e implementador propositivo de estrategias.

La estrategia que podemos asimilar a esto es la página de Facebook “Resistiendo con aguante”, que surgió en 2015, entre la primera vuelta y el balotaje de Macri y Scioli, que surgió y juntó 500 mil personas en muy pocos días, que compartían en ese lugar caótico estrategias para convencer a cualquiera: al señor de la verdulería, al encargado del edificio, a la vecina. Eso fue demasiado tarde. Si la campaña electoral Scioli-Macri hubiese tenido diez días más, probablemente hubiésemos ganado la elección. En este momento se está viviendo esa misma desesperación, pero ya con la conciencia de haber transitado un gobierno neoliberal como el de Macri y, también, con el dolor y el desgano de cómo defraudó nuestro gobierno popular a nuestro pueblo.

Entonces, entendemos que es necesario generar espacios de articulación y potenciación de todas esas voces, con mucho respeto, no desde un centro hacia una periferia y mucho menos desde arriba hacia abajo, sino con un compartir estratégico, donde un contenido pueda ser segmentado. Por ejemplo, si hay una chica influenciadora tucumana femi-

nista, que pueda tener todos esos clasificadores, para que le llegue por WhatsApp a las personas indicadas que les interesan esas dimensiones del momento político.

MP y DC: Te referís a la página de Facebook “Resistiendo con aguante” pero, el ecosistema comunicacional cambió desde el 2015.

FR: En 2015 Julián Gallo era uno de los principales hacedores de la estrategia comunicativa de Macri y hablaba de los sentimientos, el odio, la alegría, del amor social, como un sentimiento enfermo propio de fundamentalistas. Era insólito que esta gente tan frígida nos ganara a nosotros en la arquitectura del sentimiento. Y sin embargo, algo había ocurrido ya ahí. Después de eso, y de esas estrategias, que por supuesto son globales y son como el nuevo Plan Cóndor emergen las aplicaciones de las teorías de Steve Bannon, y esto puede explicar los fenómenos de Vox, de Bolsonaro, de Antonio Kast en Chile, de Rodolfo Hernández en Colombia, de la ultraderecha en México, instalando niveles de violencia que en México y Colombia es física, con muertos y desaparecidos.

Lo que hay es una construcción de aquella arquitectura de los sentimientos que a la vez es cultivada con pauta digital. En el informe que hicimos de la estrategia comunicativa de Milei es notable la diferencia de volumen de alcance de su comunicación oficial con las redes no oficiales. Las redes oficiales de un candidato a presidente son auditadas por el protocolo de transparencia que tienen las plataformas globales, como Meta. Por ese motivo, Milei en sus redes oficiales –que fueron creadas recién este año– por ahí alcanza unos 4 millones de acciones en un mes. En cambio, en sus redes no oficiales –contando solamente las principales– eso se multiplica por mil. En esas redes no oficiales hay videos que tienen 18, 20 millones de visualizaciones. ¡Notables cifras de visualizaciones! Por supuesto, tienen una narrativa, un modo de edición, un proceso de captura de la atención muy cuidado y meticuloso. Ahora, es imposible alcanzar esos volúmenes de 20 millones de visualizaciones en lo orgánico. Eso tiene pauta. Tiene muchísimo dinero en pauta. @elpelucamilei, @unpatriotaargentino @javiermileii y otras cuentas, sobre todo de Tik Tok.

En 2022-23 el crecimiento del uso de Tik Tok fue de un 45% en la Argentina. Y se expande generacionalmente –cuando todas las redes sociales suben o bajan entre un 3% y un 5%– y mientras los proyectos políticos del campo popular prácticamente no están en Tik Tok, y si están, están tarde y con narrativas exteriores a las propias de esa plataforma.

Entonces, en ese análisis uno piensa, ¿estos millones de dólares que están poniendo en pauta digital de dónde vienen? ¿A qué actor económico global le interesa el país que propone Milei? Creo que incluso trasciende el poder hegemónico de las naciones y de Estados Unidos. Es más bien una cuestión de los fondos buitres, de estos capitales especulativos globales, que necesitan que nuestros países carezcan de todo tipo de institucionalidad, de normativas, de identidades, de procesos colectivos, de institucionalidades, de leyes. Y eso se ve claramente en este proceso que está ocurriendo. Por eso creemos que es tan urgente poder comprender el fenómeno, convencer a nuestras autoridades políticas de que tenemos un problema y que también tenemos una enorme potencia, que hay que poder estructurar: armar una comunidad organizada también en ese territorio digital.

MP y DC: ¿Y estos millones de dólares en pauta los vinculás con la diferencia entre las cuentas oficiales y las no oficiales?

FR: Claro, porque cualquier ciudadano o ciudadana al Facebook oficial de cualquier candidato a presidente de cualquier país del mundo puede entrar a un lugar donde dice “transparencia” y ver cuánto dinero invierte, en qué anuncios: ver los anuncios, (los posts que tienen pauta) y el monto de la inversión publicitaria. Y el candidato tiene que dar cuenta de dónde sacó esa plata. Ahora, cuando eso ocurre en cuentas no oficiales, no son cuentas que atraviesan los procesos de protocolo de transparencia política.

MP y DC: O sea, que si a una publicación le pongo un millón de dólares encima, de pauta, tengo asegurado que le va a llegar a diez millones de personas.

FR: No solo eso, sino a qué personas. Las plataformas digitales conocen más de nuestro comportamiento que nosotros mismos porque hay un correlato algorítmico que conoce

lo que nos interesa, con lo que estamos de acuerdo, con lo que no; lo que nos gusta, lo que repudiaríamos.

Por ejemplo, Milei tiene en jóvenes una adhesión de un 80% de varones. ¿Cómo se explica esto en relación al contexto subjetivo antropológico en la Argentina? Es obvio que hay un avance del feminismo y de los derechos de las mujeres muy grandes sobre la subjetividad colectiva. Y esto parece refractario a ese avance. Ahora, si Milei hace un video maltratando a una mujer, como tiene muchos, por ejemplo a una periodista salteña, a la que le dice que es una burra, –por lo cual tuvo que ir a rendir cuentas en Salta– o a una periodista de TN; el video de Tik Tok que se viraliza aparecen como ruidos de trompadas en el proceso de edición y el circulito como que ella está pensando y queda como congelada cuando él le dice sus genialidades. Todo muy rápido ocurre. Ese video, cuando uno invierte pauta digital, puede segmentar a las comunidades destinatarias de ese anuncio. Entonces uno puede decir “yo quiero que este video les llegue a varones menores de 25 años, que viven en el noroeste argentino, y que siguen tal y tal página y demuestran interés por el boxeo”.

O sea, yo puedo definir a qué personas exactamente quiero que le llegue ese contenido. Si voy a promover el uso libre la portación de armas en la Argentina, también me interesa que les llegue a determinadas personas, no a todas. Y después contenidos “simpáticos” entre comillas, como por ejemplo cuando Milei dice “oookey” y se pone los lentes, que lo hagan aparecer más simpático, más afable, le va a llegar a otros destinatarios.

MP y DC: ¿Tienen medido el impacto o la incidencia de las redes sociales en el resultado de las elecciones? Porque que el video se reproduzca 20 millones de veces no significa que eso después se represente en identidades y en votos. Y, ¿cómo podría nuestra forma de militancia, que parece más bien refractaria a eso tan mercantil y utilitario encuadrarse en esta territorialidad digital?

FR: En principio, creemos que el problema radica en concebir a estos territorios físico y digital de un modo dilematizante. Después de las PASO, muchas compañeras y compañeros pensaron “dejemos el teléfono y salgamos a hacer la militancia verdadera”, que

sería la del territorio físico, asociado al real. Al territorio digital se le llama virtual, ¿como si realmente no fuera real!

Esa dilematización entre el territorio físico de nuestras luchas históricas –las calles, los sindicatos, las universidades, las unidades básicas, los organismos de Derechos Humanos– toda esa tradición del territorio físico fue golpeada por muchos aspectos, pero fundamentalmente por la pandemia.

La pandemia nos replegó al Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio para defender y cuidar la vida que es nuestra gran militancia. Y ese proceso lastimó a la energía del movimiento popular. A la vez, el neoliberalismo avanzó tomando las calles. Me acuerdo los actos de apoyo a Vicentín, las quemas de barbijo en el Obelisco. Hubo como una desterritorialización del campo popular, como si la pandemia o la conciencia respecto del cuidado de la vida nos hubiera exiliado de nuestro territorio. Y a la vez el territorio digital está claramente hegemonizado por lógicas de mercado, que además promueven la individualización extrema. Entonces, si nosotros creemos que ese es un problema del algoritmo en sí, ¿qué batalla vamos a ir a dar a ese lugar si es como ir a un shopping? Tenemos que tomar conciencia que está en disputa el algoritmo. El algoritmo en sí no premia la individualización, puede ser utilizado para premiar lo colaborativo como ocurre con el software libre, por ejemplo.

Tenemos que concebir que hay una disputa por las bases de constitución de la territorialidad digital, y que además del lado de los ideales que defendemos nosotros, existen innumerables desarrollos tecnológicos-científicos en toda América Latina pero muy fuertemente en Argentina, capaces de transformar o de dar la batalla por transformar también esa dimensión de la tecnología.

Eso implica un enorme desafío político: dejar de concebir a la comunicación como instrumental de la política y a la tecnología como instrumental de la comunicación. Porque así se reducen sus espectros de posibilidad –el de la comunicación y el de la tecnología– y la política se queda sola, hablando sola, en uno solo de los territorios de disputa política que tenemos.

Por eso, hablamos de expandirnos a la territorialidad digital, no de deshabitar el territorio histórico nuestro. Tenemos que tomar conciencia que no es uno o el otro, es un solo territorio.

Si no entendemos que ya la subjetividad se constituye en modo conjunto y sinérgico entre los territorios no podemos desarrollar una estrategia política que esté acorde con este tiempo histórico.

MP y DC: ¿Tienen detectados quienes serían eso generadores de contenido, personas o colectivos con comunidades ya constituidas que podrían salir a dar la batalla en esta territorialidad digital?

FR: En este momento no somos nosotros los que los estamos yendo a buscar sino que son ellos los que nos están viniendo a buscar. Salimos de las reuniones con pibes y pibas de todo el país que hacen cosas extraordinarias con una esperanza en poder también dar esa batalla.

Sí, por supuesto hay un daño del odio de todas las expresiones de violencia descomunal. Por ejemplo, Trueno quedó muy mal después de haber tomado la palabra respecto de eso. Ca7riel que también tomó la palabra en esos días por ahí tiene otra lógica. Sin embargo, no hay que pensar solamente en esos grandes influenciadores de masas sino también en miles y miles de personas que influyen comunidades en todo el país.

MP y DC: ¿Se puede rastrear esta vinculación de la inversión en pauta digital con los fondos buitres?

FR: Cuando le dan el golpe de Estado a Evo Morales en 2019, compañeros españoles detectaron la creación de 68.000 cuentas de Twitter en 24 horas para apoyar a Mesa, Camacho y Añez, a la triada golpista en su dimensión política. En ese estudio fuimos tirando del piolín de dónde venía todo eso y ahí se ven configuraciones como la de Atlas Network, como servicios de inteligencias de Estados Unidos retirados cuya IP, de la creación robótica

de cuentas, venía de ahí. Se ven los hilos en los análisis que toman un poco la dimensión tecnológica de estos procesos políticos comunicacionales.

WhatsApp cambió su modalidad y hoy solo podés reenviar a cinco contactos un mismo contenido luego de que se descubriera lo que hizo la campaña de Bolsonaro en 2018 enviando imágenes trucadas de la marcha feministas Ele Não, donde se veía a mujeres incrustándose crucifijos en los genitales o incendiando pilas de cruces, imágenes de una enorme violencia que fueron atribuidas a la marcha Ele Não, que eran falsas. Les llegaron a mujeres evangélicas, cuyo voto viró. El voto a Bolsonaro en mujeres creció después de la marcha feminista multitudinaria que se le oponía. Cuando ese estudio llegó al bunker político de Fernando Haddad —en ese momento Lula estaba preso— no podíamos entenderlo. Después, entendimos. Habían enviado imágenes falsas, con un uso de datos a gran escala, que llegaron a mujeres evangélicas que quedaron aterrorizadas.

MP y DC: Hay un tema con la sexualidad en estos movimientos de ultraderecha...

FR: Ramiro Marra promueve que los jóvenes vean pornografía para aprender educación sexual como lo hizo él. Dice que no hace falta la Educación Sexual Integral. También Bolsonaro en televisión presentó el *kit gay* que supuestamente se iba repartir en los jardines de infantes si ganaba Haddad para que los niños y niñas aprendieran a practicar sexo oral. Era una mamadera con forma de pene y testículos. Sostenía que Haddad iba a legalizar a los pederastas, la pornografía infantil y el abuso de menores. Creo que no es casual que estos movimientos que promueven algo tan tanático, en términos psicoanalíticos, ven en lo erótico un enemigo.

Cuanto más nos resistimos a pensar eso y nos quedamos atrincherados en el territorio más tradicional de nuestras luchas históricas, más tiempo vamos a demorar en poder dar esa batalla.

Franco Berardi, Bifo, dice en “Fenomenología del fin” que la magnitud de la transformación que está viviendo la humanidad, en relación de la tecnología y la comunicación, es una mutación antropológica. Y termina diciendo que estamos migrando de lo *conjuntivo* a lo *conectivo*. Lo *conjuntivo* tiene que ver con lo social, con los vínculos, con las

interacciones, con la fuerza común y lo *conectivo* conecta nodos, uno a uno. Esos nodos podemos ser personas con computadoras, personas con personas o computadoras con computadoras. Entonces, dice que *esa transición de lo conjuntivo a lo conectivo* es inexorable, indetenible y la gran misión que tenemos es que en ese tránsito no se pierda la sensibilidad inherente al humano. Podemos negar esa transición y decir “nos vamos a agarrarnos fuerte fuerte a este territorio que conocemos y que ellos hagan lo que hagan”, pero sería suicida realmente.

MP y DC: ¿Qué se puede hacer desde lo institucional y normativo para ordenar ese territorio?

FR: Cuando obtuvimos una Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que la militamos 20 años y que cuando la parimos...no nos dejaron terminar de parirla, pero a la vez generó la ola de rechazo más grande de esa etapa histórica. Eso muestra lo fundamental que es lo normativo.

Hay que avanzar con más institucionalidad y más normativas. La dimensión de la embestida que nos hacen no es porque seamos chicos o débiles es porque somos muy fuertes y en eso nos tenemos que afirmar y darnos cuenta que tenemos poder y capacidad de disputa.



“Existió un hilo de discusiones que acompañó toda la década montonera y que se remonta a sus orígenes”

ENTREVISTA A DANIELA SLIPAK POR DOLORES
AMAT (IDAES/UNPAZ)
4 DE OCTUBRE DE 2023

“Vale la pena restituir la telaraña de discusiones que expresan los problemas difíciles y a veces irresolubles que atravesaron la experiencia de los años ‘70, y que a veces se desdibujan o achatan en la memoria social y política”, sostiene Daniela Slipak, doctora en Estudios Políticos por la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* y la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Conicet, docente en la Universidad Nacional de San Martín y en la Universidad de Buenos Aires, Slipak coordina del Centro de Estudios Sociopolíticos de la Escuela Idaes. Sus artículos académicos y sus libros sobre historia reciente, teoría política y, particularmente, sobre violencia política, son una fuente inestimable para quienes quieran comprender algunos de los problemas y dilemas políticos que atravesaron el último medio siglo de nuestro país y del mundo. En esta entrevista

conversamos sobre *Discutir Montoneros desde adentro. Cómo se procesaron las críticas en una organización que exigía pasión y obediencia*, su último libro publicado por Siglo XXI.

Dolores Amat (DA): *Discutir Montoneros desde adentro* empieza con preguntas: “¿Cuánto discutieron los militantes armados de los años setenta sobre su política y su violencia? ¿Cuán convencidos estuvieron? ¿Existieron voces críticas que plantearon alternativas? Además, ¿cuánto se recuerda actualmente de esos desacuerdos?”. De esta manera, el texto prefigura un gesto que se sostiene a lo largo de las páginas: a pesar de que el libro ofrece datos, referencias y testimonios muy valiosos, no pretende dar respuestas definitivas a los problemas que aborda, sino que señala interrogantes y aporías que no solo muestran la complejidad de un pasado que a veces se intenta resumir con pocas palabras, sino que además resuenan en el presente. En este sentido, la obra busca poner en cuestión algunas de las certezas actuales y explorar cuestiones que no se habían investigado hasta ahora en profundidad.

En este contexto, ¿por qué no existen abordajes previos que reconstruyan y analicen como un conjunto las rupturas que aparecieron a lo largo de la década de funcionamiento de Montoneros? ¿Por qué es importante hacerlo?

Daniela Slipak (DS): Creo que la respuesta tiene varias aristas. Por un lado, se trató de rupturas que dieron origen a redes de militancia alternativas que no tuvieron mucha gravitación en la coyuntura. En esos vertiginosos años setenta, en los que se dio un crecimiento represivo legal e ilegal que derivó en el terrorismo estatal, era difícil sostener ámbitos de militancia política. Por otro lado, en ese mismo contexto, para el resto de los actores del momento, fue difícil identificar grises y diferencias en una militancia que aspiraba a una especie de revolución de izquierda y que provenía del peronismo. A ello le sumaría la hegemonía y la fuerza centrípeta de Montoneros, y su represión del disenso y del desacuerdo, negando y quitando valor a las voces disidentes. Y, finalmente, habría que mencionar todos los pliegues de las memorias sobre la época que se dieron desde que se apagó el faro revolucionario, que tendieron a opacar estas voces divergentes (ya sea en una rememoración que en los ochenta priorizaba la idea de víctima y borroneaba las militancias en tren de castigar el horror, ya sea en las recuperaciones más celebratorias

que se dieron desde mediados de los noventa en adelante, aunque allí también aparecieron las críticas...).

Como sea, creo que es interesante abrir esas voces disidentes para mostrar una telaraña militante más compleja y dejar de poner el foco en las redes oficiales y en la Conducción Nacional. En ese sentido, se puede mostrar que, a pesar de que cada grupo disidente tuvo corta duración, existió un hilo de discusiones que acompañó toda la década montonera y que se remonta a sus orígenes. Pero también creo que es fundamental reconstruir esas voces para tratar de identificar, a partir de todas estas discusiones, cuáles fueron las características de esa subjetividad revolucionaria armada. Por ejemplo, cómo se pensaba el vínculo entre política y violencia, cómo se reinventaba la tradición peronista, cómo se pensaban las exigencias y sacrificios, y cómo se construía una norma y disciplina. En otras palabras, creo que vale la pena restituir esa telaraña de discusiones para identificar los problemas difíciles y a veces irresolubles que atravesaron la experiencia de esos años, y que a veces se desdibujan o achatán en la memoria social y política.

DA: El libro identifica cuatro grupos disidentes de relevancia: 1) Montoneros Columna José Sabino Navarro; 2) Juventud Peronista Lealtad; 3) Peronismo Montonero Auténtico; y 4) Montoneros 17 de Octubre.

¿Qué tienen esos grupos en común? ¿Qué dicen (tanto en lo que cuestionan como en aquello que no ponen en duda) de la organización de la que formaban parte? ¿En qué sentido expresan la subjetividad montonera? ¿Qué revelan de los modos de entender problemas políticos como las relaciones posibles entre el espacio público y la violencia, las maneras de definir al pueblo que los grupos revolucionarios querían representar, favorecer o conducir, y las formas de establecer vínculos con tradiciones que los excedían, como el marxismo y el peronismo?

DS: Primero habría que decir, me parece, aquello que los diferencia. Tuvieron estructuras y alcances distintos, y surgieron en momentos muy diferentes de la organización Montoneros en relación a otros actores de la coyuntura. Los primeros grupos disidentes surgieron en el 72 y el 74 en el país, y los últimos en el 79 y el 80 ya en el exilio, durante

el terrorismo estatal. Sin embargo, yo trazo una continuidad que tiene que ver precisamente con lo que pudieron y no pudieron discutir. Voy a tratar de responder todas estas preguntas que me hacés sobre la subjetividad, la violencia, el pueblo y las tradiciones con un ejemplo. Todos los grupos disidentes impugnaron la violencia de la Conducción Nacional, acusándola de militarista o de foquista. Pero ninguno impugnó la violencia de lleno, ni afirmó que era un problema para la política, como podríamos sostener desde hoy, a pesar de todas nuestras diferencias. Esto tiene que ver con la subjetividad revolucionaria armada de ese entonces, configurada a partir de determinadas nociones imbricadas de política y de violencia (una violencia que se planteaba instrumental pero que también tenía connotaciones realizativas). Por tanto, ningún grupo rompió con Montoneros afirmando que la violencia no era legítima sino más bien afirmando que la violencia popular era legítima, y que la violencia foquista y militarista no lo era. Es decir que esta subjetividad revolucionaria se articuló sobre la base de una dicotomía entre una violencia militarista y otra violencia popular. El tema es que, como sabemos, el vínculo entre política y violencia es mucho más complejo que esa dicotomía; la excede por completo. Para empezar, la propia idea de pueblo, al tiempo que es troncal en la modernidad política, es un concepto insustancial. Siempre está en disputa. ¿Cómo garantizar, entonces, la legitimidad y el carácter revolucionario de la violencia a partir de ese concepto, y cómo utilizarlo para distinguirla inequívocamente de otros tipos de violencia (militarista, criminal, contrarrevolucionaria)? ¿Cómo evocar ese concepto que además tiene su historia de disputas al interior de la tradición peronista, con sus diversos actores y con el rol estructurante de Perón? Me parece que las respuestas no son sencillas y que, en todo caso, desnudan la complejidad de la experiencia.

DA: El libro señala también que desde la perspectiva disidente las normas fueron percibidas como ajenas, como reglas impuestas por una cúpula autoritaria y verticalista. Al mismo tiempo, observa que “la norma no es una estructura invariable y aislada, sino que se sostiene en sus múltiples aplicaciones. Esto sucede en direcciones diversas, a lo largo y a lo ancho de las redes de pertenencia. No es una entidad externa a los actores, sino la sedimentación de sus prácticas”.

¿Cómo podríamos explicar esa ajenidad de los actores respecto de reglas que, como el libro da a ver con ejemplos, en muchos casos reprodujeron con firmeza?

DS: Creo que precisamente esta ajenidad no es más que una figura interpretativa de los disidentes que desdibuja y simplifica una dinámica normativa más extendida a lo largo y a lo ancho del espacio de pertenencia. Y lo hace, agregaría, con “buenas razones”. Los disidentes rompieron con las redes oficiales no para dedicarse a otra cosa sino para refundar el espacio sin salir del horizonte revolucionario. En esa refundación, los sinsabores de la experiencia fueron leídos como errores de una Conducción Nacional autoritaria, burócrata y militarista. Y, sobre todo, escindida del sentir del resto de los militantes. Esta imagen de una organización partida entre una cúpula autoritaria y las bases permitió, me parece, mantener en alza el proyecto revolucionario, desdibujando que, más allá de las innegables diferencias de posición en una trama jerárquica, todos habían formado parte de ese espacio de pertenencia que reproducía una cultura normativa específica. Por ejemplo, muchos militantes se quejaban de las reglas impuestas “desde arriba” pero al mismo tiempo las reproducían con sus compañeros y subordinados. Como en cualquier espacio de pertenencia, la obediencia no es unidireccional, sino que comporta “creencia”, como diría Max Weber. O algo de “voluntad” como diría Étienne de la Boétie muchísimo antes.

DA: Por otra parte, *Discutir Montoneros desde adentro* muestra que muchas de las críticas que aparecieron recién “con el faro de esa revolución ya apagado” retomaron aquellos cuestionamientos que tuvieron lugar durante la década montonera. Me pregunto si encontrás que las visiones contemporáneas logran o lograron sortear algunos de los límites más difíciles de superar por las miradas de militantes enteramente comprometidos con la lucha.

DS: Bueno, la pregunta por la radicalidad de la crítica en las miradas retrospectivas enhebradas desde la transición es una pregunta que yo trabajo solo exploratoriamente en el libro. Creo que en todo caso ese sería otro libro. Pero te diría que en el cúmulo de rememoraciones críticas que se van enunciando desde los ochenta en adelante hay diversidad. Creo que la pregunta allí es si esas críticas posteriores erosionan o no los pi-

lares constitutivos de la subjetividad revolucionaria armada. Por ejemplo, desarticular el criterio de legitimidad de la violencia (la dicotomía violencia militarista vs violencia popular), o tan solo poner un manto de duda sobre esa dicotomía, es mellar esa subjetividad. Preguntarse por el límite de los sacrificios (¿hasta dónde vale la pena ese sacrificio?, ¿cuántas vidas hay que perder en nombre de la revolución?) y preguntarse por el límite de la violencia contra los “enemigos” (¿un atentado cuántas muertes debe ocasionar?, ¿la del “enemigo”, la de su entorno?) también es mellar esa subjetividad. Me parece que estas son críticas y preguntas-límite. La pregunta que se hace Oscar del Barco en 2004 a raíz del testimonio de Héctor Juvé sobre el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) es, sin dudas, una pregunta-límite, como lo muestra Elías Palti en el debate que se sucedió después. Pero también lo es la de Héctor Schmucler en *Controversia* en México muchísimos años antes, en 1979, relativa a la extensión de los derechos humanos. Incluso te diría que algunas de las preguntas de los grupos disidentes orillan estas cuestiones, pero terminan abandonándolas en aras de proseguir con la apuesta revolucionaria.

DA: ¿Podemos pensar las discusiones que se plantean al interior de los grupos disidentes de Montoneros a la luz de los problemas y las perplejidades del pensamiento político moderno? ¿Sería muy arriesgado decir que al estudiar las disidencias de Montoneros nos encontramos con algunos de los dilemas más profundos de los grupos armados de los años '50 en adelante, pero también con las encrucijadas con las que se enfrenta la práctica política en la era moderna, atravesada por la incerteza?

DS: Creo que la interrogación sobre las discusiones que se dieron al interior de estos grupos devuelve problemas relativos al vínculo entre la política y la violencia, y problemas relativos a la reinención de las tradiciones, en un mundo que ya no tiene fundamentos últimos. Sin pedirle tanto a un estudio sobre Montoneros, diría que permite entrever algo de las características y la densidad de la subjetividad revolucionaria armada que se dio en esa segunda mitad del siglo XX atravesada por la Guerra Fría. Como venimos charlando, esa subjetividad se sostuvo en dicotomías sobre la violencia y la política que, en verdad, simplificaban dilemas irresolubles que solo podían zanjarse actuando políticamente. Esa subjetividad también se sostuvo en determinada figura de la militancia,

"EXISTIÓ UN HILO DE DISCUSIONES QUE ACOMPAÑÓ TODA LA DÉCADA MONTONERA"

nutrida por una idea particular de sacrificio, de heroísmo, de compromiso y de pasión por el proyecto colectivo. En este marco, muchas de las críticas no hicieron sino tratar de relanzar esas coordenadas. Otras, en cambio, sembraron la duda sobre todos estos pilares (hasta dónde los sacrificios, hasta dónde la violencia, cuál es el pueblo que garantiza que esa violencia sea revolucionaria y la distinga de otras violencias) y mostraron, en definitiva, algo que es obvio y que a veces se pierde de vista: el carácter contingente, situado y específico de esa subjetividad revolucionaria armada.



Milei y un mundo de nuevas experiencias

JAVIER BURDMAN (UTDT/UNSAM/CONICET)

11 DE OCTUBRE DE 2023

A los votantes de Milei no se los puede “ir a buscar”, ni se los puede “perder”, como se iba a buscar o se perdían votantes en otras épocas. Son votantes nuevos que operan con lógicas nuevas, extrañas a las formas políticas establecidas. Los motivos del resultado electoral van mucho más allá de los errores y problemas particulares de las fuerzas políticas tradicionales. El capitalismo global está cambiando. Hay nuevas contradicciones, nuevos desafíos, y los partidos políticos existentes no consiguen dar respuestas. Las nuevas tecnologías cambiaron la forma de comunicar, pero también (para muchos) de trabajar, de vender, de alquilar, de volverse conocido o famoso. Hay nuevos problemas, nuevas perspectivas, nuevas angustias y nuevos odios. Si te roban el celular perdés tu principal herramienta de trabajo. Si gestionás un Airbnb, te da odio que el Estado se

quede con parte de los dólares que el turista está dispuesto a darte. Los partidos tradicionales, en Argentina y en casi todo el mundo, no están preparados para hablarles a muchas personas en un lenguaje que conecte con sus vivencias.

Los nuevos movimientos sociales, el feminismo, el anti-racismo, el indigenismo, LGBTQIA+ y demás interpelan a grupos específicos, pero no ofrecen pertenencia comunitaria ni vínculos de solidaridad para quienes no están incluidos en ellos. La proliferación de formas de vida alternativas choca con los modelos establecidos y amenaza a muchos que crecieron con la promesa de estar en el centro de la escena con relegarlos a un papel secundario. A ellos, las nuevas derechas les ofrecen contención. Hay una escasez de visiones integradoras que transformen modelos tradicionales (de masculinidad, de ser blanco, de heterosexualidad), en lugar de condenarlos.

En perspectiva histórica, es probable que el antecedente más claro a la actual situación sea la década del 30. En aquel entonces surgieron y se expandieron a lo largo del mundo movimientos radicales con ideas aparentemente disparatadas, a menudo abiertamente contrarias a los valores morales más elementales. ¿Qué ocurría? Nuevas experiencias, nuevos desafíos, nuevas angustias: multiculturalismo, desocupación, incertidumbre. La promesa de paz universal dio lugar a la guerra total. La expansión del capitalismo dio lugar al desempleo. El cosmopolitismo abrió el camino a crisis de refugiados. Nuevas ideologías pusieron en cuestión las jerarquías tradicionales. En este clima, los ideales burgueses que, hasta entonces, habían articulado las preferencias políticas de la mayoría, entraron en crisis. Si el deseo de paz lleva a la guerra, si el crecimiento económico lleva al desempleo, ¿por qué no confiar en el que promete guerra y descalabro económico?

Al igual que en los 30, cambios en el capitalismo global modifican los vínculos de solidaridad que articulan individuos con grupos. Las nuevas tecnologías se basan en individuos aislados, no en organizaciones. El trabajo de chofer de taxi, dependiente de una licencia y atravesado por regulaciones, es reemplazado por el chofer de Uber, sin regulaciones, sin licencias, sin sindicatos. El empleado de hotel, perteneciente a una empresa y a veces a un sindicato, es reemplazado por el propietario que pone su departamento en alquiler por Airbnb, o por el no propietario que gestiona el alquiler de alguien más en soledad. Un gestor, una app y un turista, sin regulaciones, licencias, sindicatos ni insti-

tuciones. Son nuevos trabajos sin lazos comunitarios que vinculen al individuo aislado con un grupo.

Siguiendo la perspectiva histórica, los nuevos liderazgos de ultraderecha son en gran medida una respuesta a la crisis de solidaridad y de confianza propia de las sociedades contemporáneas. La pérdida de credibilidad en las instituciones se expresa en la proliferación de noticias falsas y en la desconfianza hacia el conocimiento científico. Agrupaciones inarticuladas ocupan el rol que antaño tuvieron instituciones como el periodismo y la ciencia, con sus múltiples reglas y protocolos. Los votantes de Milei no necesitan liturgias ni procedimientos para entenderse. Solo necesitan una voz que conecte sus experiencias, sufrimientos y odios individuales con un sentido general y grupal.

Esto significa que el problema no es eminentemente político, en el sentido habitual de la palabra. No hay estrategia de último momento que permita persuadir a los votantes de Milei, porque su lógica política es diferente. Para movilizarlos políticamente dentro de las formas más convencionales, es decir, para movilizarlos en términos de intereses, valores o identidades, es necesario, antes que nada, restituir un mundo común. Es necesario, en otras palabras, dar lugar a lazos de solidaridad que vinculen a los individuos con una comunidad. Mostrarle al chico de Rappi que su actividad tiene lugar, y es tenida en cuenta, en un sistema de relaciones sociales que va más allá de él, su teléfono y el que hace el pedido. Esto, claro está, no se hace de un día para el otro. Requiere nuevas visiones ligadas a nuevas formas de movilización.

Es posible que toda respuesta local sea indefectiblemente defensiva y limitada. Los cambios en el capitalismo global superan la capacidad de reacción de fuerzas políticas que quedan siempre atrás de los hechos consumados. Sale Airbnb y en pocos años se hace casi imposible pagar un alquiler en Buenos Aires, Berlín y Nueva York. Sale Tinder y buscar pareja se vuelve una actividad solitaria que transcurre en la comodidad del hogar. Emprendedores de Silicon Valley determinan nuestra forma de vida más que cualquier autoridad política. Hasta que no surjan nuevas visiones globales que aspiren a influir y encausar el proceso de cambio, las demás fuerzas políticas podrán tal vez contener el poder de convocatoria de las nuevas derechas, pero no disputarlo.



¿Libertarismo como *backlash* antifeminista?

DANIELA LOSIGGIO (UBA/UNAJ/CONICET)
17 DE OCTUBRE DE 2023

Límites del diagnóstico

En un video subido a YouTube luego de las PASO, la filósofa Roxana Kreimer analiza los resultados electorales: “la consagración de Milei es un fenómeno multicausal. Diría que el factor económico, puntualmente una inflación anual que supera el 100% es una variable importante para optar por un partido nuevo que nunca estuvo en el poder aunque sus recetas sean viejas [...] Desde ya que hay un voto castigo por las malas administraciones [...] y también un hartazgo con los grupos más radicales del feminismo que son andrófobos y promueven el quebrantamiento de garantías constitucionales como

el principio de inocencia y del debido proceso”.¹ Interpretaciones como esta, en donde la reacción contra el feminismo tiene un peso causal –más o menos similar a las “malas administraciones”– en el triunfo de la derecha, es expresivo de un lugar común de la opinión pública. Gravitante especialmente al interior del peronismo y los movimientos populares, se instaló tras las elecciones de medio término en 2021, donde La Libertad Avanza (LLA) obtuvo un resultado muy positivo (17,03% de los votos en la ciudad) por el que Javier Milei y la segunda en su lista (hoy candidata a vicepresidenta), Victoria Villarruel, obtuvieron dos bancas en la Cámara Baja. Por su parte, el periodista deportivo Flavio Azzaro responsabilizó al llamado “lenguaje inclusivo” y el arzobispo de La Plata Víctor Manuel Fernández sostuvo sobre el presidente en *La Nación*: “lo hemos visto muy entretenido con el aborto, la marihuana y hasta la eutanasia, mientras los pobres y la clase media tenían otras hondas angustias que no obtenían respuesta. En los últimos meses se vio una potente avanzada para imponer un lenguaje ‘no binario’ que en las inmensas barriadas a nadie parece interesarle”.² Finalmente, en una nota en *Infobae*, Mayra Arena fue taxativa: “Las grandes mayorías no quieren que les rompas las pelotas, y tampoco te las quieren romper a vos. Cada vez que me cancelás un artista que me encantaba o me hacés sentir una porquería por reírme de algún cuento viejo pienso más que vos y yo no tenemos nada que ver”.³

Aunque sin dudas atendibles, los reproches presuponen dos ideas equivocadas. La primera es la de ver en la presidencia de Alberto Fernández una gestión feminista (algo de lo que Kreimer se sustrae parcialmente). La segunda, leer al feminismo en términos de expresión moral. No vamos a extendernos sobre estos puntos. Aunque vale la pena observar que el Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad creado por el gobierno de Alberto Fernández destina el 90% de su presupuesto a las políticas de asistencia y abordaje de la violencia en instancias no punitivas (por caso, la Línea 144 y los programas Articular, Producir y Acompañar). Ninguna partida se destina a la implementación del

1 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=aEjUgXyv8Y4&cab_channel=RoxanaKreimer

2 Fernández, V. M. (2021). *Presidente, queda poco tiempo*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/opinion/presidente-queda-poco-tiempo-nid16092021/>

3 Arena, M. (2021). *Derrota electoral del Gobierno: no conciben que un pobre no los banque ideológicamente*. Recuperado de <https://www.infobae.com/opinion/2021/09/16/derrota-electoral-del-gobierno-no-conciben-que-un-pobre-no-los-banque-ideologicamente/>

“lenguaje inclusivo” (algo que a la sazón sería muy objetable por parte de quienes lo promueven desde la lingüística feminista). Además, a duras penas el gobierno lo utiliza en la comunicación oficial, por lo que es de suponer que el Ministerio no tiene ninguna incidencia en esta materia.

La segunda idea equivocada, decíamos sobre los reproches, es que el feminismo constituye un discurso “meramente cultural”, moralizante, retórico (esto reaviva una vieja acusación al movimiento por parte de la teoría feminista de orientación marxiana). En este punto, se recomienda echar un vistazo sobre las reivindicaciones de los feminismos populares y su trabajo de visibilización de la problemática estrictamente material que golpea, en especial, a las mujeres: la pobreza. Tampoco me detendré en este punto suficientemente elaborado en los informes de Economía Femini(s)ta, del PEG-UNAJ sobre Florencio Varela y alrededores o del Observatorio Villero de La Poderosa.

Lo que vamos a sostener aquí es que los resultados electorales, que mostrarían la buena llegada de los discursos de derecha entre los públicos juveniles masculinos, permiten pensar tanto en la hipótesis del *backlash*⁴ antifeminista –arrojada por Kreimer– como también en que la pedagogía feminista viene haciendo un fuerte trabajo genealógico que permite ver con claridad en qué plataforma los derechos de mujeres y diversidades se resguardan y en cuál se diluyen. El muy interesante dossier “Juventudes y elecciones. Argentina 2023” de Zuban Córdoba y Asociados⁵ ya anticipaba, en enero de 2023, algunos números que pudieron comprobarse en las PASO. Los varones jóvenes veían con mejores ojos a LLA, mientras que, las mujeres, a Unión por la Patria (UP). El dato es relevante porque les jóvenes de entre 16 y 35 años constituyen nada menos que el 40% del padrón electoral.

Una mirada menos prejuiciosa sobre las agendas feministas (con sus errores y aciertos) nos inclina a apreciar sus efectos positivos en las electoras mujeres, así como la pérdida del diapasón que ofrece el apoyo popular, por parte de los representantes también populares que –a excepción de la izquierda– silenciaron el discurso feminista que había

4 El término inglés *backlash*, proveniente de la sociología de la cultura, remite a una reacción social negativa, frente a un fenómeno social de relevancia.

5 Zuban Córdoba y Asociados (2023). Juventudes y elecciones. Argentina 2023. Recuperado de <https://zubancordoba.com/portfolio/informe-juventudes-y-elecciones-argentina-2023/>

recubierto, previo a la pandemia, la mayor movilización popular en Argentina de la última década.

Para ser justas, Sergio Massa hace, de vez en cuando, un tímido guiño hacia la injusta división sexual del trabajo y la feminización de los cuidados; Juntos por el Cambio directamente optó por un giro conservador en los últimos dos años: de lanzar campañas sobre salud sexual integral y hacer uso público de lenguaje inclusivo a prohibirlo en las escuelas. Milei, sin dudas, es actualmente el antifeminista más confeso y ha logrado –con destreza– combinar los aprendizajes de sus maestros libertarios y el discurso antifeminista consolidado por algunas organizaciones cristianas que proliferaron a la par del movimiento feminista y cuya máxima expresión intelectual y laica es Agustín Laje.

Parece urgente, así, observar esta alianza táctica, que no necesariamente va de suyo y que, además, nos obliga a repensar la espontaneidad del mentado voto hartazgo. Sin negar que algunas expresiones del feminismo pueden ser dañinas, pero teniendo en cuenta algunos méritos de su versión institucionalizada: ¿cuál es el porcentaje de votantes verdaderamente agraviados por el feminismo? No se trata de eso, sino de cómo, al costado del feminismo, creció la hiedra de un discurso organizado y productor del resentimiento, que es necesario diagnosticar como verdadera contraofensiva antipopular.

Sin novedades en el frente

Cuando surgió el discurso sobre la “ideología de género”, la mayoría de los jóvenes libertarios ni siquiera había nacido. Tenemos que remontarnos a la Conferencia Mundial sobre la Mujer en Pekín de 1995, luego de la publicación del libro del sacerdote belga Michel Schooyans (en colaboración con Marguerite Peeters), intitulado *L'Évangile face au désordre mondial* de 1997, que advertía sobre el rol de las Naciones Unidas en la propagación de la “ideología de género” en el mundo. De ese mismo año data un texto de Joseph Ratzinger, en el que estudia el problema del término *gender* (lo utiliza en inglés).

Llega allí a la conclusión de que el movimiento global de mujeres oficia de “centro nuclear” para una revolución contra los presupuestos biológicos de la humanidad.⁶

La primera movilización contra la “ideología de género” tuvo lugar en Croacia, en 2007. En ese momento hubo una importante agitación para frenar el impulso político que buscaba incorporar la educación sexual en las escuelas. En los años 2012-2013, la movilización ganó tenor transnacional, reforzada por la estabilización de este nuevo significativo de la “ideología de género”. En 2012, la expresión fue utilizada por las fuerzas conservadoras españolas que movilizaron contra el aborto (ya legalizado en España desde 1985) y, en lo sucesivo, por los Sentinelli in Piedi contra los derechos sexuales, reproductivos e igualitaristas (DSRI) en Italia (2013), La Manif pour Tous en Francia (2013) y Za otroke gre (Se trata de los niños) en Eslovenia (2015). En América Latina, la movilización contra la “ideología de género” tuvo un primer *boom* en 2016-2017 cuando empezaron a aparecer videos virales, proyectos conservadores de nueva legislación reaccionaria y marchas masivas impugnando los DSRI.

Las movilizaciones contra la “ideología de género” son principalmente agitadas en América Latina por organizaciones cristianas, mayormente laicas (hoy ya no por el Vaticano, aliado político del frente liderado por Sergio Massa). Juan Marco Vaggion⁷ ha estudiado cómo, durante la década de 1990, la Iglesia Católica destinó grandes esfuerzos a la construcción de la figura del “fiel laico” (expresión acuñada por Juan Pablo II para borrar las fronteras entre la ciudadanía moderna y la devoción religiosa). A estos efectos, el “Compendio de la Doctrina Social” llama al fiel laico a hacer valer los principios morales religiosos al interior de la sociedad moderna. A su vez, insta a los políticos que pertenecen a la fe católica a compatibilizar sus decisiones públicas con los contenidos de esta fe.

6 Un estudio completo sobre esta temática puede encontrarse en Losiggio, D. (2021). Depicting “Gender Ideology” as Affective and Arbitrary: Organized Actions Against Sexual and Gender Rights in Latin America Today. En C. Macón, M. Solana y N. Vacarezza (eds.), *Affect, Gender and Sexuality in Latin America* (pp. 19-40). Londres: Palgrave MacMillan.

7 Para mayor información Vaggione, J. M. (2005). Entre reactivos y disidentes. Desandando las fronteras entre lo religioso y lo secular. En Católicas por el Derecho a Decidir (ed.), *Defensa de los derechos sexuales en contextos fundamentalistas*. Buenos Aires: CDD-Córdoba, IGLHRC y Vaggione, J. M. (2017). La Iglesia Católica frente a la política sexual: la configuración de una ciudadanía religiosa. *Cuadernos Pagu* (50).

Una de las expresiones de este propósito es la creación y fomento de organizaciones no gubernamentales que se autodenominan “Pro-Vida” o “Pro-Familia”. Este proceso es, según Vaggione, uno de los principales pilares del activismo católico conservador en América Latina. En paralelo, se da una profesionalización de las ONG’s que incluye organizaciones de médicos y abogados declaradamente católicas, alianzas y campañas cofinanciadas con sectores del evangelismo y la transnacionalización de esas campañas. Las organizaciones vienen ejerciendo, desde 2016, una gran presión sobre los políticos de los distintos partidos que pertenecen a la fe católica, a quienes se les exige coherencia moral.

Entre las organizaciones laicas encargadas del lobby antiderechos destaca, por sus dimensiones, el Opus Dei, hoy en cierto nivel de conflicto con el Vaticano, desde que el Papa Francisco degradó a esta organización en dos oportunidades, quitándole autonomía. Esta asociación, original de España, recibe financiamiento de los capitales privados más importantes de Sudamérica (como, por ejemplo, de Pérez Companc en Argentina). Cuenta con clubes y centros educativos; ofrece formación académica y/o técnica destinada a distintos grupos según género y clase social y educa a sus jóvenes en la observación de prácticas de castidad y autoflagelación. El Opus Dei tuvo un rol cardinal en las dictaduras latinoamericanas de la década de los setenta, nuclea a un importante número de familias de las élites urbanas y cuenta con una gran cantidad de miembros especialmente en Argentina.

Las adscripciones ideológicas de las distintas ramas del evangelismo son mucho más difíciles de establecer, no solo por su enorme atomización, sino porque su organización no tiende a un centro jerarquizado transnacional (no existe en el evangelismo una suerte de papado). Es cierto que, en la década de los ochenta, la derecha evangélica de los Estados Unidos dio fuerte impulso económico a la emergencia de liderazgos internacionales dirigidos a influir en las distintas ramas del cristianismo no católico. En el caso particular de América Latina, se buscaba incorporar a los sectores populares y disputar así los lugares que antes había ocupado la perseguida “Teología de la Liberación” (algo que han estudiado Pablo Semán y Nicolás Viotti).⁸ Ese impulso no alcanzó para lograr una homogeneización ideológica. Las pequeñas iglesias pentecostales que tienen asiento hoy en los

8 Viotti, N. y Semán, P. (2018). *Todo lo que usted quiere saber sobre los evangélicos y le contaron mal*. Recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/todo-lo-que-quiere-saber-de-los-evangelicos-le-contaron-mal/>

barrios más pobres de Latinoamérica (o en todo caso, la gran mayoría de ellas) realizan tareas sociales que no siempre se encauzan en la movilización política conservadora, en parte precisamente porque su atomización constituye una limitante. No obstante, y tal como sostiene Marcos Carbonelli,⁹ estas tareas les permiten la administración de fondos públicos y cierto peso en la opinión pública. Del mismo modo que en el catolicismo, no son hoy las Iglesias sino las organizaciones las que llevan adelante las campañas para combatir la “ideología de género” y, más precisamente, las campañas cofinanciadas por pentecostales y católicos como es el caso de “Con mis hijos no te metas”.

La incompatibilidad entre esta movilización Pro-Vida y el libertarismo, en materia de género, se da precisamente en el punto donde el cristianismo deduce una idea universal de justicia de la diferencia natural. El cristianismo considera que la superioridad masculina, la concepción mariana de la feminidad y la reproducción son de ley, y que cualquier intento de modificación de esos pilares debe ser considerado una perversión a ser combatida. El libertarismo es mucho más cándido.

Para ser más precisas, el que dedica algunas páginas a un biologicismo algo tirado de los pelos (poco de la tradición liberal, ciertamente, habilita semejantes premisas) es Murray Rothbard, autor que le da el nombre nada menos que a uno de los hijos de cuatro patas de Milei. Además, su fantasma le ha confiado al candidato a presidente una serie de preceptos para el destino suyo y el de la Argentina.

Rothbard cree que el igualitarismo (ya sea en formato de izquierdas, de feminismo o liberación racial) constituye una perversión de la realidad que debe ser eliminada. Los individuos son totalmente diferentes en capacidad física y mental. Lo que el feminismo sostiene, acerca de que es la cultura la que produce las desigualdades, es una gran mentira. Las desigualdades sin dudas se originan en la realidad biológica. Sin embargo, estos no son motivos para discriminar o impedir que los individuos originariamente inferiores sean libres: “No voy tan lejos como los hombres extremadamente ‘machistas’ que creen

9 Para mayor información Carbonelli, M. (2013). Liderazgos evangélicos y trayectorias políticas en contextos de pobreza. Estudio de caso de la comunidad pentecostal “La Hermosa del barrio El Ceibo”, Buenos Aires. En E. Judd y F. Mallimaci (eds.), *Cristianismos en América Latina. Tiempo presente, historias y memorias* (pp. 163-194). Buenos Aires: CLACSO y Carbonelli, M. (2015). Pan y palabras. La inserción evangélica en la gestión pública en Argentina. *Religião & Sociedade* 35(2), 73-95.

que las mujeres deben limitarse a la casa y a los niños, y que consideran anti-natural cualquier búsqueda de carreras alternativas”,¹⁰ sostiene en un simpatiquísimo pasaje. Precisamente, de lo que se trata es de no indignarse ante las desigualdades o de procurar conservarlas o revertirlas. Si algo es considerado un pecado en el libertarismo es la intervención de un proceso “natural”.

Articulando dos discursos a priori incompatibles, LLA se da el gusto de criticar dos veces al feminismo: primero, a partir de un amoralismo cínico del libertarismo y, después, desde una perspectiva moralizante propia del conservadurismo religioso. En ocasiones los concentra en una sola figura. Es el caso de Ninfa Alvarenga, estudiada por José Luis González en *El loco*. Ninfa fue candidata de LLA en Misiones; se autodefine como una “evangélica cristiana, que pone a la familia en el centro” que viene a combatir a los “progres culposos”. El otro caso es el de Mila Zurbriggen, coordinadora nacional de “La Juventud Pro-Vida” y, oportunamente, la presidenta de la juventud libertaria. No se daba esta milagrosa amalgama en otras figuras más puristas del libertarismo o del catolicismo que supieron ser cercanas a Milei: de un lado, Maslatón o Danann; del otro, Eurnekian.

Moralismo y amoralidad: esa combinación táctica estructura el discurso de LLA que muchas veces se interpreta como hartazgo (la idea generalizada de que al feminismo se le fue la mano, que se ha gastado pólvora en chimango). Los reproches, lo hemos visto, se escuchan en nuestras propias filas, y se nos viene pidiendo a las feministas que bajemos las banderas. Pero, vamos, cuánta inocencia en medio de tanta realpolitikería. El antifeminismo existe en Argentina, más organizado que nunca, hace por lo menos 30 años; y nosotras no, señores, con nuestra retórica, no inventamos a la derecha. Estaba todo hecho mucho antes, ya lo dijo Rothbard.

10 Rothbard, M. (2000). Enderezando la gran cuestión de la liberación femenina. En *El igualitarismo como rebelión contra la naturaleza y otros ensayos*. Alabama: The Ludwig von Mises Institute, p. 140.



El neoliberalismo y nosotros (solo la filosofía materialista puede salvarnos)

ROQUE FARRÁN (CONICET/UNC)
18 DE OCTUBRE DE 2023

Una periodista se refiere en forma despectiva a la filosofía de marras que, supone, profesa el neoliberalismo en la boca de un pequeño homónimo. No se trata de filosofía, dice convencida, sino de lo que en verdad preocupa a la gente: comer, vivir, llegar a fin de mes.

Pero el neoliberalismo no es una filosofía. El neoliberalismo es un dogma y hay demasiados creyentes dispuestos a alimentarse con esa hostia insulsa, a multiplicar los panes imaginarios, incluso ir a las cruzadas contra herejes e impíos; le guste o no a la mentada periodista.

La filosofía, al contrario, siempre ha interpelado a creyentes y dogmáticos, que duermen el sueño eterno de las ideas fijas y engendran monstruos cuando abusan de la razón, para que despierten de una vez.

La filosofía interpela a ocuparse de sí para no joder a los otros.

La filosofía no habla de bueyes perdidos, ni propaga delirios de opinión, va al hueso de lo real: la vida, la enfermedad, la sexualidad, la muerte, el dolor, el goce.

La filosofía habla de lo que nos afecta, de las ideas que nos hacemos de ello, de cómo examinar lo que pensamos y cómo podemos transformarnos a nosotros mismos.

La filosofía va al hueso y enseña a tallarlo, marca tras marca, darle la forma que más nos guste sin culpar a nadie.

Pero la filosofía siempre ha tenido detractores, por supuesto, no solo los dogmáticos y fundamentalistas, sino los profesionales de la palabra rápida y vacía, quienes gustan de convencer y adular: aquellos que antes se llamaban sofistas y ahora periodistas.

No digo que todos los periodistas lo sean, oportunistas que venden su opinión al mejor postor, sino aquellos que hace rato no les pica la verdad y se dedican a montar espectáculos de pan y circo siguiendo la medición continua de audiencias.

Pensemos un poco. El neoliberalismo es una formación social compleja, un monstruo acéfalo que se nutre de diversas tendencias históricas convergentes y cuenta con demasiados colaboradores, voluntarios e involuntarios.

En primer lugar, radicaliza y traiciona al mismo tiempo la promesa de cumplimiento de un discurso desustancializado del ser, sin predicados ni cualidades que respondan a lazos sagrados, castas o privilegios: todo ente existe en tanto entra en la lógica de la equivalencia generalizada.

En segundo lugar, la racionalidad política que responde a ello es la primacía de la forma-valor por sobre toda otra lógica: cada parte de la materia, órgano o afecto, cada ámbito y práctica de la vida social se valoran en función de la cotización en el mercado.

En tercer lugar, como esto resulta bastante insoportable, las interpelaciones ideológicas más variopintas, desprendidas de sus lugares tradicionales de formación, son usadas de manera *ad hoc* para invocar ciertos puntos de enganche, para propiciar el reconocimiento entre sujetos a partir de imágenes o figuras de lenguaje empobrecidas.

En cuarto lugar, el neoliberalismo se sirve de —y promueve hasta el crimen— formas de subjetivación que se organizan en torno a afectos reactivos como el odio o el resentimiento a las escasas figuras subjetivas que aun ostentan alguna verdadera potencia de obrar, con dignidad histórica, por más limitada y cercada se encuentre esta en el presente.

En quinto lugar, el neoliberalismo promociona y retroalimenta formas de evaluación y control de los otros que remiten a estándares o protocolos cerrados, rígidamente jerárquicos y empobrecidos, ejercidos por violentos anónimos y *trolls* que disciplinan en redes; no hay lugar para la singularidad ni la diferencia absoluta.

En sexto lugar, los discursos de autoayuda proliferan porque el ámbito de subjetivación ofrecido es exiguo y deplorable, la locura y el malestar en la cultura florecen a diestra y siniestra; el estudio cuidado y el cultivo de sí no encuentra lugar entre tanta estulticia y empuje al goce.

Por último, la imaginación no puede ser más que postapocalíptica: es más fácil, por todo esto, imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del neoliberalismo.

Nosotros, quienes no estamos del todo atrapados en esta máquina monstruosa, tenemos que preguntarnos cómo y en qué medida contribuimos a sostener y reproducir cada una de estas tendencias históricas en sus variantes más limitadas. Y hacer converger los puntos de fuga, intercepción y subversión del sistema. Leer el conjunto de fuerzas y tendencias, intervenir puntualmente en cada caso.

Solo una práctica consecuente de la filosofía puede entender el conjunto y comoverse, hacerse una idea adecuada de las fragilidades y potencias que nos constituyen, e interpe-
lar a cada parte a transformarse en función de ello.



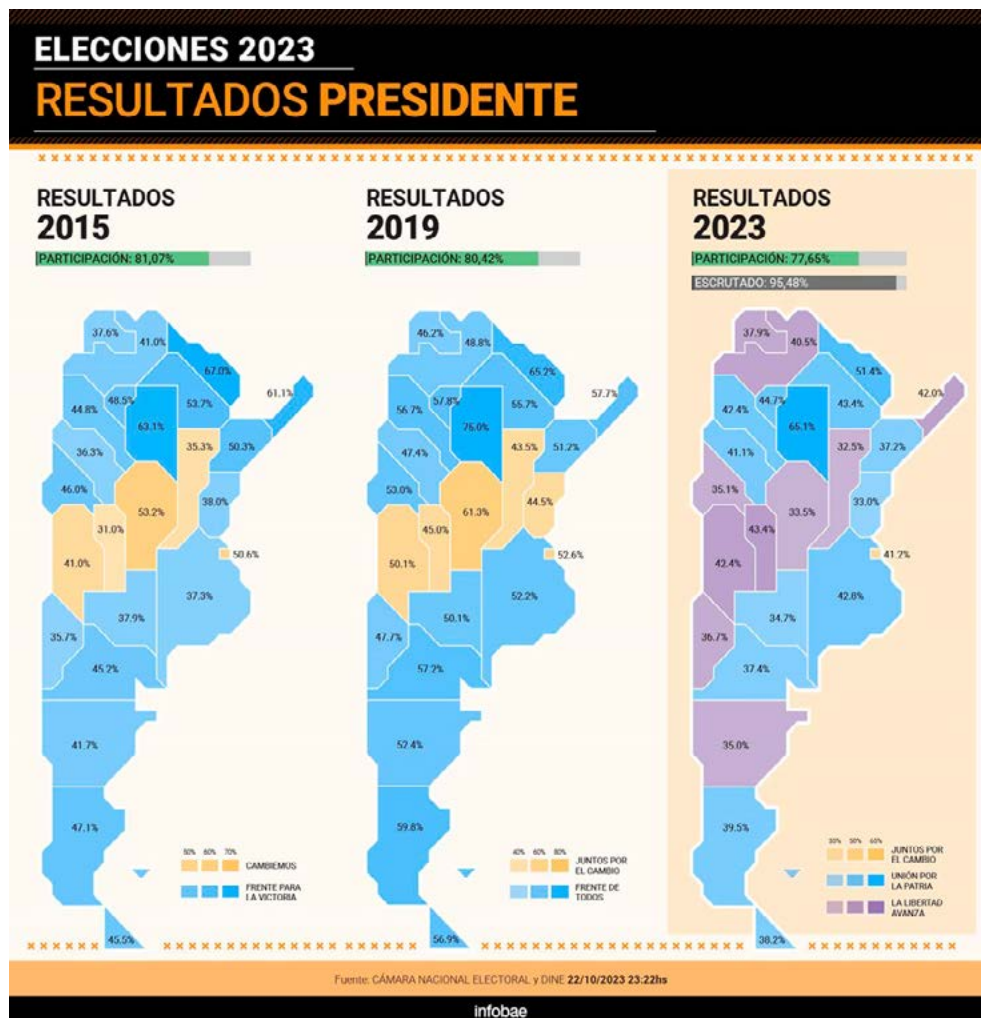
Hoy la noticia no es el dólar

CECILIA ABDO FEREZ (UBA/UNA/CONICET)
23 DE OCTUBRE DE 2023

Si alguien, solo días atrás, decía que Milei no sumaría votos respecto de las PASO, se lo hubiese desestimado, por inverosímil. Y, sin embargo, no hay triunfalismo posible después de esta primera vuelta electoral. A pesar de que la división electoral entre Juntos por el Cambio y La Libertad Avanza permitió que Unión por la Patria logre un triunfo impensado en el marco de este contexto de inflación, pobreza e incertidumbre social, lo que hay es una crisis, no solo económica, sino de organización política, de representación, de sentido. Esa crisis es muy clara y estructural para los peronismos. Peronismos: dicho en un plural persistente y virtuoso, aunque la frase “la grieta murió”, dicha ayer por Sergio Massa, pueda leerse (también) dirigida al interior del movimiento. La referencia al animal mitológico que sería el peronismo puede parecer reconfortante y,

sin embargo, Daniel Santoro decodifica mejor el estado anímico de ese animal y su temporalidad, no ahistórica, sino de carbonilla, de marca que tiñe pero también pierde capacidad de delinear el trazo: como bien pinta Santoro, la oreja de ese gigante está caída y debe reponerla y agudizar muchísimo la capacidad de escucha, si quiere volver a pisar fuerte en este bosque. Los peronismos deben encontrarle la vuelta –una en términos de acción– a la crisis de sus dos pilares centrales: la del mercado laboral, que produce precarización y exclusión crecientes, antes que salarios en blanco y derechos esgrimibles; la del Estado, que persiste en ser débil, fragmentado e intermitente en la Argentina y cuya debilidad se expresa en la moneda.

Los peronismos vienen de perder muchos votos. El mapa que compara la situación electoral de 2015 –con un Massa jugando por fuera del gobierno, con el Frente Renovador– y la de ayer muestra porcentajes electorales decrecientes en la mayoría de las provincias, a pesar de la remontada. Hay un aumento de la deserción electoral: decrece el número de votantes, a pesar de que sea alto ayer; hay voto en blanco, hay fuga de votos hacia Milei. Se viene de un gobierno paralizado como el de la postpandemia de Alberto Fernández, con una interna desgastante y larga, que dejó desorientados y sin voz pública a la mayoría de los adherentes. En este contexto, que surja la voluntad de Massa de renovar ese liderazgo y que la sociabilidad del peronismo le permita dar cauce a esa voluntad (que hubiera sido muy resistida tiempo antes), es el dato que cambia la elección: hay una figura capaz de reordenar y oxigenar el interinismo, alguien capaz de ponerse como referencia del discurso. Alguien que sabe que no tiene plena confianza, ni para adentro ni para afuera; que sabe que no hay cheque en blanco, pero que logró revertir la inusitada resignación, desde hace al menos dos años, de que la elección estaba perdida.



BORDES, AGOSTO-OCTUBRE DE 2023

El mapa comparativo de 2015-2023 trae otro dato: la persistencia de una franja ideológica, que coincide con el centro productivo del país, anti-peronista por definición. Que pasó de ser del Pro, hace unos años, a Milei, en estos. Esto es: que cambia de opción política, dentro del mismo espectro ideológico. Ese espectro, sin embargo, tiene en su interior un límite y una fractura: el establecido por el consenso democrático de la transición democrática, que tiene en el radicalismo su encarnación. Para ese filón, las alusio-

nes de Milei al “desierto” que habría sido la democracia en estos 40 años, el desprecio por Alfonsín y la dilución de la diferencia entre dictadura y democracia fue un sapo demasiado difícil de tragar. Y la ferocidad de una interna destructiva, que hizo que con la victoria de la candidatura de Bullrich en las PASO se sellara también su declive, por retaceos internos de apoyo.

Inflar a Milei para disputar con él, para acomodarse en el centro político frente a sus excesos discursivos y gestuales, frente a su poder inmenso de daño, fue una estrategia política, no una casualidad. Puede haber salido momentáneamente bien; a mediano plazo, es un error y un costo demasiado alto de pagar, si es que pudiese controlarse. Milei corporiza el límite que la política debe poner, para auto-dignificarse, para diferenciarse. Pero su discurso toca fibras sensibles de la Argentina, que pueden movilizarse en forma no reactiva, sino activa: la persistencia de una dirigencia que no entiende qué país gobierna ni comparte su sufrimiento, la necesidad de recuperar un cierto universal en detrimento del sálvese quien pueda individualista, la necesidad de recuperar la idea de un destino común, la absoluta materialidad de la crisis, la imposibilidad de barrerla debajo de la alfombra. Se busca un cambio, de un lado y del otro del espectro: la alternativa es si es un cambio dentro del cual sigamos reconociendo la fisonomía de la Argentina, lo que nos caracteriza como país –la red de instituciones públicas en las que se alojan nuestras vidas, nuestras formas de valorar y de mirar el pasado y el presente–, o un cambio que suena a dinamita y barajar de nuevo, sin atención a los daños que eso implique ni a quién queda en pedazos. Pero ojo: se quiere un cambio y también se quiere gobierno. Esto es lo que Massa leyó bien y lo que debe demostrar: que puede tranquilizar, poner un orden, que puede controlar ciertas variables y gobernar no solo a las internas, sino también a los actores y grupos de presión, que se miden en la escena político-económica todos los días. No solo cambio, sino gobierno, y esto es lo que Milei no permite vislumbrar.

La elección de ayer –esta brisa a la que nos aferramos, en medio de una olla a presión– estuvo signada por dinámicas conocidas: las representaciones territoriales de los gobernadores –empezando por Axel Kicillof, consciente de su rol de heredero, pero también de bifurcación interna y de baluarte en la elección; y siguiendo por el federalismo de Schiaretto–, el énfasis en la memoria histórica y la reducción posible del daño a las vidas populares en medio de un cataclismo económico (lo que despectivamente se llamó

“plan platita”). Pero también estuvo signada por la activación del potencial de un voto generizado: Milei encontró sobre todo en mujeres un límite claro a sus aspiraciones. En campaña, las redes se poblaron de videos auto-producidos en los que mujeres contaban las situaciones en las que debieron esperar del Estado una ayuda que apuntalara sus vidas: la enfermedad de un hijo, la educación pública transitada, el futuro previsible. Mujeres que nos vimos asqueadas ante proyectos como los de la *crossplayer* L. Lemoine (flamante diputada) sobre la renuncia a la responsabilidad parental. Proyectos que no solo no son necesarios –la irresponsabilidad parental ya existe y marca la feminización de la pobreza–, sino que muestran que armar listas electorales es cosa seria. Se activó una red, un sentir, una potencia, un rechazo. Se olfateó el riesgo a la vida colectiva que sostenemos, que recae sobre nosotras. Se puso en juego una comprensión distinta de la libertad, que, aunque no pueda formularse del todo, conoce bien qué mutilaciones de la propia autonomía se dan cuando no se recibe cuota alimentaria, cuando los cuidados vuelven a ser maternalizados, cuando hay menor capacidad de decidir sobre las vidas y sobre el uso del tiempo.